

EL EVANGELIO DEL ESPIRITU

CUATRO SESIONES DE FORMACION
SOBRE LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES



La Casa de la Biblia



evd



La Casa de la Biblia

EL EVANGELIO DEL ESPÍRITU

**Cuatro sesiones de formación sobre
los Hechos de los Apóstoles**



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41

31200 ESTELLA (Navarra)

1998

Estos materiales han sido preparados por Florencio Abajo, Eugenio García, Rocío García, Irene Vega y Emilio Velasco, bajo la dirección y coordinación de Santiago Guijarro.

Dibujos: SR. Choi Bong Ja Regina, SOLPH, Corea.

PRESENTACIÓN

Este libro, lo mismo que la mayoría de los que han ido apareciendo en la colección "Palabra y Vida", tiene su origen en una experiencia concreta y, al igual que el resto, está pensado más como cuaderno de trabajo que como libro de lectura.

La experiencia concreta en la que nació fue un encuentro de los animadores de los grupos de lectura de la Biblia de la diócesis de Santander. En Septiembre de 1997 se reunieron en el seminario de Monte Corbán más de cuatrocientos animadores, la mayoría de los cuales habían acompañado durante el curso 96-97 a los grupos que habían ido haciendo una lectura comunitaria del evangelio de Marcos (*La Casa de la Biblia: El auténtico rostro de Jesús*, Estella 1996), con el objeto de revisar la experiencia del curso, y prepararse para la lectura del libro de los Hechos (*La Casa de la Biblia: El impulso del Espíritu*, Estella 1997), con la que continuaría durante el curso 97-98 el trabajo iniciado el año anterior. El programa, como ya se ve por los títulos, sigue el itinerario propuesto por la carta apostólica *Tertio Millenio Adveniente* (TMA), en la que el santo padre invita a preparar el Jubileo del año 2000 meditando sucesivamente sobre la figura del Hijo, del Espíritu y del Padre.

El encuentro con los animadores de los grupos de lectura comunitaria del evangelio consistió en cuatro sesiones de cuatro horas, en las que pretendíamos ofrecerles una información básica sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles, de modo que pudieran utilizar con más provecho los materiales antes mencionados.

© La Casa de la Biblia 1998

© Editorial Verbo Divino

Avda. de Pamplona, 41. 31200 Estella (Navarra)
ISBN 84 8169 260 3

Fotocomposición: La Casa de la Biblia
Mayor, 81. 28013 Madrid

Impresión: GraphyCems, Morentin (Navarra).

Depósito legal: NA. 72-1998

Impreso en España

A medida que avanzaba el encuentro fue madurando en nosotros la idea de que estos materiales podían ser útiles a otros grupos que desearan conocer un poco más el testimonio de la acción del Espíritu en la Iglesia, tal como aparece en el libro de los Hechos. Pensamos que un mejor conocimiento de este libro del Nuevo Testamento podría ser también de gran ayuda para los catequistas y animadores de otros grupos cristianos que este año quisieran orientar su formación siguiendo la TMA. Y no sólo para los catequistas y animadores de grupos, sino también para cualquier grupo cristiano que quisiera hacer luego una lectura personal o comunitaria de este libro.

Teniendo presentes estas diversas posibilidades reelaboramos los materiales iniciales y los completamos para que pudieran utilizarse en diversos encuentros de formación. En esta introducción queremos ofrecer algunas pautas y sugerencias sobre la articulación de estas sesiones de formación y también diversas posibilidades para utilizar los materiales que ofrecemos en ellas.

Espíritu, Comunidad y Misión

El libro de los Hechos tiene como principal protagonista al Espíritu Santo. Él es quien desde el principio pone en marcha la evangelización, impulsando y asistiendo a los que dan testimonio de Jesús; y Él es también quien consolida la comunidad cristiana y la ilumina en los momentos de dificultad. Según el libro de los Hechos, el Espíritu Santo está, pues, íntimamente vinculado a la experiencia comunitaria y misionera de los primeros discípulos de Jesús.

Estos tres temas aparecen ya esbozados en el segundo capítulo del libro (Hch 2), que constituye la obertura teológica del libro: la irrupción del Espíritu (Hch 2,1-13) impulsa a los discípulos a dar un testi-

monio valiente de Jesús (Hch 2,14-41) y, como fruto de este testimonio y del Espíritu en que son bautizados los que creen, se consolida la comunidad cristiana (Hch 2,42-47). Estos temas van resonando a lo largo de todo el libro y ya desde el principio se presentan de forma articulada, de modo que se vea que es el Espíritu quien impulsa a dar testimonio de Jesús y quien consolida la comunidad, que es la comunidad impulsada por el Espíritu quien lleva a cabo la misión, y que gracias a la misión aumenta y se consolida la comunidad.

Siguiendo este esquema esbozado en el mismo libro, hemos elegido estos tres temas (Espíritu, comunidad y misión) para articular las tres primeras sesiones de formación, dedicando la cuarta a ampliar la tercera con otro aspecto que también es clave en Hechos: el anuncio cristiano. Estos temas nos servirán de guía, pero los iremos completando con algunos otros datos importantes para introducirnos en la lectura del libro.

Cada sesión contiene tres apartados, que pueden ser trabajados de distinta forma: una propuesta para el trabajo en grupo, una explicitación y una exposición más amplia para profundizar algún aspecto central del libro.

- El *trabajo en grupo* pretende ponernos en contacto directo con algunos pasajes fundamentales del libro: los diversos "pentecostés": los sumarios sobre la vida comunitaria, la descripción de los testigos del Evangelio y los discursos en los que aparece el anuncio cristiano. Suele comenzar con un pequeño estudio del texto, que culmina con una interpelación para nosotros hoy. Es importante comenzar con este contacto directo con algunos pasajes más significativos, pues desde ellos se entienden mucho mejor las explicaciones que siguen.
- Las cuatro *explicitaciones* están directamente relacionadas con los pasajes previamente estudiados en los grupos. Tratan de reforzar y ampliar lo des-

cubierto en el trabajo en los grupos, ofreciendo más datos y una perspectiva más amplia para situar los cuatro temas que hemos elegido como guía: el Espíritu, la comunidad, la misión y el anuncio cristiano.

- El apartado *para profundizar* trata de completar este acercamiento al libro desde los temas centrales con otras perspectivas necesarias para comprenderlo bien. En la primera sesión abordamos el tema de la organización literaria del libro, que es fundamental para hacer una lectura seguida del mismo sin perder la perspectiva del conjunto. En la segunda ofrecemos algunas pautas para comprender el mundo en que vivieron los primeros cristianos de los que habla el relato de Hechos. La tercera sesión se completa con una presentación de la visión que tiene Lucas de la Historia de la Salvación, en cuyo marco se entiende la acción del Espíritu en la Iglesia. En la cuarta, en fin, hemos querido tratar el tema de la relación del relato de Hechos con la historia y la intencionalidad del autor al escribir este relato de los orígenes cristianos.

Así pues, las cuatro sesiones, que están centradas en aspectos temáticos del libro, se complementan con aportaciones desde otras dimensiones (literaria, social, teológica e histórica) que pueden ayudar a una mejor comprensión del mismo.

Diversas formas de utilizar estos materiales

Inicialmente los materiales incluidos en cada sesión estaban pensados para trabajarlos en grupo durante una tarde o una mañana, pero también pueden utilizarse de otras formas. He aquí algunas de estas diversas posibilidades, con orientaciones sobre cómo utili-

zar cada uno de los apartados y sobre cómo preparar las sesiones de trabajo en cada caso.

Cuatro sesiones de cuatro horas

Esta es la forma ideal para aquellos grupos que no pueden reunirse muy a menudo, pero quieren dedicar tres o cuatro tardes o mañanas a conocer mejor el libro de los Hechos.

Para realizar las sesiones sólo tienen que seguir las indicaciones que se dan en cada apartado, dedicando, después de las *explicitaciones* y de las exposiciones *para profundizar*, algún tiempo a comentar lo leído con ayuda de las preguntas que vienen al final de cada uno de estos apartados.

El animador debe preparar bien la presentación del trabajo en grupo, e incluso hacerlo él o ella personalmente antes de que lo realice el grupo. También debe preparar con antelación la *explicitación* y el *para profundizar*, pues leerlo en el grupo resultará aburrido, a no ser que la lectura se divida en pequeños grupos para que luego estos informen al gran grupo (véase la sugerencia al final del apartado *para profundizar* de la segunda sesión). Otra posibilidad sería encargar a diversos miembros del grupo la preparación de estas exposiciones. De este modo se verían más implicados en la preparación del encuentro.

Convivencia de un fin de semana

Para un fin de semana podrían elegirse tres de las cuatro sesiones. Eligiendo las tres primeras los participantes tendrán una visión más completa de la temática de Hechos, pero si se quiere insistir en el tema de la misión (por ejemplo en el caso de los catequistas y otros agentes de evangelización) sería preferible elegir las sesiones primera, tercera y cuarta. También cabe la posibilidad de hacer una de las sesiones antes o después de la convivencia. En el caso de que además de este tema se quieran tratar otros en dicha convivencia,

habrá que elegir sólo dos sesiones y las otras dos hacerlas después.

Las sesiones se trabajan según las indicaciones que se ofrecen en cada apartado. Sería muy conveniente preparar una celebración litúrgica en la que se integren los temas elegidos para la convivencia.

En la planificación de la convivencia sería bueno implicar a los miembros del grupo encargando a algunos la preparación de los diversos momentos de cada sesión, tal como se sugiere en el apartado anterior.

Ocho sesiones más breves

Cabe también la posibilidad de dividir en dos cada uno de los cuatro encuentros. Esta es una opción ideal para aquellos grupos que deseen tener dos o tres encuentros de formación cada trimestre.

La primera reunión sobre cada sesión estaría dedicada al trabajo en grupo, siguiendo las indicaciones que se dan en cada caso.

La segunda reunión estaría dedicada a profundizar sobre este primer estudio del texto. Sería conveniente que los participantes leyeran por su cuenta la *explicitación* correspondiente al tema trabajado en la reunión precedente, y que la reunión pudiera comenzar poniendo en común lo que cada uno ha descubierto. Una vez hecha esta puesta en común, la mayor parte de la reunión podría dedicarse a trabajar todos juntos o en pequeños grupos el apartado *para profundizar* siguiendo las sugerencias que hemos hecho más arriba.

Si hay tiempo y el grupo lo desea, estas sesiones de formación podrían completarse preparando especialmente la celebración de la vigilia de Pentecostés y participando en ella.

Cuatro sesiones más breves

Si el grupo no dispone de mucho tiempo para reunirse, el trabajo en grupo puede reducirse al mínimo,

preparando personalmente parte de los encuentros antes de los mismos.

La preparación personal consistiría en hacer cada uno por su cuenta el estudio de los textos, tal como se indica en el apartado *trabajo en grupo*, y en leer los otros dos apartados antes de la reunión.

La reunión, que podría durar unas dos horas, se comenzaría poniendo en común el trabajo realizado sobre los pasajes estudiados y la *explicitación* y luego seguiría con un diálogo a partir de las preguntas que se ofrecen en el apartado *para profundizar*.

Para ampliar conocimientos

Aquellos que deseen ampliar sus conocimientos sobre el libro de los Hechos tienen diversas opciones. Presentamos aquí algunos de los libros publicados en castellano sobre el tema, con una breve información acerca de ellos.

- M. Gourgues: *Misión y comunidad. Hch 1-12*, Verbo Divino, Estella, 1995³. Cuadernos Bíblicos nº 60.
- M. Gourgues, *El evangelio a los paganos. Hch 13-28*, Verbo Divino, Estella, 1991². Cuadernos Bíblicos nº 67.
- M. Laconi, *San Lucas y su iglesia*, Verbo Divino, Estella, 1987. Un libro breve, centrado principalmente en el evangelio de Lucas, pero muy útil para hacernos una idea de la problemática que vivía la comunidad a la que se dirige Lucas y de la exhortación que el autor de Lucas-Hechos le dirige.
- A. Hari - Ch. Singer, *Vivir los Hechos de los Apóstoles hoy*, Verbo Divino, Estella, 1997. Libro que nos ayuda a comprender y vivir con entusiasmo la

experiencia de aquella primera comunidad cristiana.

- F. Pastor Ramos, 'Hechos de los Apóstoles. Introducción y comentario' en: S. Guijarro-M. Salvador, *Comentario al Nuevo Testamento*, Atenas - PPC, Sigüeme - Verbo Divino, Madrid - Salamanca - Estella, 1997³, pp. 341-394. . En poco más de cincuenta páginas ofrece una introducción y un comentario a todos los pasajes de Hechos, con introducciones a las diversas partes y secciones del libro.
- J. Roloff, *Hechos de los Apóstoles*, Cristiandad, Madrid, 1984. Es un comentario clásico al libro de los Hechos, mucho más amplio que el anterior. Va comentando el texto bíblico versículo por versículo y puede ser útil para consultar dudas sobre la interpretación de algunos pasajes concretos.
- J. Rius-Camps, *De Jerusalén a Antioquía. Génesis de la Iglesia cristiana. Comentario lingüístico y exegético a Hch 1-12*, El Almendro, Córdoba, 1989.
- J. Rius-Camps, *El camino de Pablo a la misión a los paganos. Comentario lingüístico y exegético a Hch 13-28*, Cristiandad, Madrid 1984.
- La Casa de la Biblia, *El impulso del Espíritu. Guía para una lectura comunitaria del libro de los Hechos de los Apóstoles*, Verbo Divino, Estella, 1997⁷. Contiene orientaciones para hacer una lectura en grupo del libro de los Hechos de los Apóstoles en quince sesiones. La lectura seguida se combina con la meditación de algunos pasajes más significativos y se completa con la explicación de algunos temas o elementos importantes en la teología de Hechos.

PRIMER ENCUENTRO EL ESPÍRITU SANTO



TRABAJO EN GRUPO LA EXPERIENCIA DE PENTECOSTÉS

Pentecostés es una fiesta de origen judío. Se celebraba después de la cosecha de la cebada y tenía un profundo sentido de acción de gracias por el fruto recogido. Posteriormente se le añadió un sentido histórico: celebrar la Alianza y el don de la Ley.

Según el libro de los Hechos de los Apóstoles la efusión del Espíritu Santo tuvo lugar en el marco de esta fiesta judía y, desde entonces, Pentecostés se convirtió en una fiesta cristiana.

La expansión de la Buena Noticia de Jesús y el crecimiento de la comunidad cristiana son un fruto de la presencia del Espíritu. Él es el protagonista principal del libro de Hechos. Como veremos, Él conduce el avance del Evangelio y hace que las comunidades se vayan consolidando. Su presencia en los diversos momentos de la evangelización aparece expresada mediante sucesivos “pentecostés”: Hch 2,1-4; 8,14-17; 10,44-48; 19,1-7.

En esta sesión de trabajo en grupo vamos a intentar descubrir cómo se expresa la efusión del Espíritu en los Hechos de los Apóstoles, para comprender después el modo en que este mismo Espíritu continúa animando la misión de la Iglesia en nuestros días.

Desarrollo de la dinámica

El animador explica brevemente el trabajo que hay que realizar, la forma de hacerlo y el tiempo de que dispondrán los grupos:

- Lectura de los relatos de los diversos “pentecostés” en los Hechos de los Apóstoles, acompañada de algunas claves y una ficha de trabajo.
- La actividad se realiza en grupos pequeños, de seis personas.

(Tiempo: 120 minutos)

1^{er} paso: LA EFUSIÓN DEL ESPÍRITU EN HECHOS

Leer en el grupo, varias veces, los textos que se proponen:

Hch 2,1-4.

Hch 10,44-48.

Hch 19,1-7.

Es conveniente la correcta ambientación de los textos en su “contexto”. Para ello, es necesario leer también los versículos anteriores y posteriores de los que se indican.

Volvemos a leer atentamente estos pasajes y tratamos de responder juntos a estas preguntas:

- ¿Quiénes reciben el Espíritu Santo?
- ¿Cuál es la situación en la que se encuentran los que reciben el Espíritu Santo?
- ¿Qué circunstancia o persona facilitan su venida?
- ¿Cómo se describe la efusión del Espíritu Santo?
- ¿Qué efectos produce en aquellos que lo reciben?
- ¿Qué tipo de reacciones se producen entre los que observan el acontecimiento?

Rellenamos la ficha con las respuestas a estas preguntas.

(Tiempo: 50 minutos)

2^o paso: ACTUALIZACIÓN

Una vez que hemos reconocido la experiencia de la efusión del Espíritu en la primitiva Iglesia, avanzamos la mirada hacia nuestra realidad. Intentamos descubrir personas, instituciones, acontecimientos... en los que de modo claro observamos la especial efusión del Espíritu Santo. Elaboramos una relación de todos ellos.

De la lista confeccionada, seleccionamos solamente uno y procedemos a completar la ficha siguiendo los seis aspectos trabajados anteriormente con los textos de Hechos.

(Tiempo: 40 minutos)

3er paso: PUESTA EN COMÚN

En el grupo grande, hacemos la exposición del Actualizar. Cada grupo presenta su trabajo sobre el Hoy y la ficha sobre este punto.

(Tiempo: 30 minutos)

Ficha de trabajo: La experiencia de Pentecostés.

	Hch 2,1-4	Hch 10,44-48	Hch 19,1-7	HOY
¿Quiénes reciben el Espíritu Santo?				
¿Cuál es la situación de quienes lo reciben?				
¿Qué o quiénes facilitan esta venida?				
¿Cómo se describe el Espíritu Santo?				
¿Qué efectos produce?				
¿Qué reacciones se producen?				

EXPLICITACIÓN EL ESPÍRITU SANTO EN EL LIBRO DE LOS HECHOS

El pasaje de Hch 1,8 que sirve de programa a la segunda parte de la obra de Lucas, el libro de Hechos de los Apóstoles, dice: “Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra”.

En este pasaje se habla de una experiencia clave: la venida del Espíritu Santo que capacita a los seguidores de Jesús para la misión cristiana. Esta misión se vive en comunidades que hacen visible la salvación traída por Jesús.

Una vez más aparece subrayado un aspecto clave que ofrece unidad interna al libro de Hechos y que vamos a señalar: la estrecha relación entre Espíritu, comunidad y misión.

En un primer momento nos centramos en el Espíritu, que acompañó a Jesús durante toda su vida (Lc 4,18), que Él prometió a sus discípulos antes de subir al cielo y que envió el día de Pentecostés (Hch 2,1-13), inaugurando el tiempo de la Iglesia.

El Espíritu Santo

Lucas no dice en ningún momento quién o qué es el Espíritu Santo. Pero a través de las diversas referencias que hace a Él en su relato podemos deducirlo:

El Espíritu Santo es la *promesa del AT*. En el AT se esperaba que, al final de la historia, el Espíritu de Dios, que había animado a los grandes hombres de Israel, se derramara sobre todo el pueblo (Jl 3,1-5). Serían entonces los últimos tiempos, época de salvación para Israel y, gracias al pueblo elegido, también

de salvación para todos los pueblos de la tierra. En el discurso de Pedro el día de Pentecostés, el apóstol recuerda esta esperanza de sus antepasados y proclama que lo esperado se ha hecho realidad, que estamos en los días de la salvación porque el Espíritu ya se ha derramado sobre todo hombre (Hch 2,17-21).

El Espíritu, prometido en el AT para el periodo final de la historia, ya nos ha sido dado en Jesús y a través de Él. El Espíritu Santo *es la promesa que nos ha sido dada*. El Espíritu está en estrecha conexión con Jesús, reposa sobre Él (Lc 4,18) y Él lo enviará: "...aguardad [...] la promesa que os hice de parte del Padre" (Hch 1,4). Capacitará a los discípulos para dar testimonio del Resucitado "hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8).

Por tanto, para Lucas, el Espíritu Santo es la promesa anunciada en el AT por boca de los profetas, que se ha visto realizada en Jesús, Señor del Espíritu. Con este Espíritu se inaugura un tiempo nuevo para la historia humana, tiempo de salvación, en el que estamos invitados a participar todos.

Las manifestaciones del Espíritu

Para Lucas, el Espíritu se hace presente de dos maneras: una simbólica, en forma, por ejemplo, de viento, de lenguas de fuego...; otra a partir de los efectos que produce, tanto en cada cristiano como en la comunidad de los creyentes y en la misión que desarrollan. Vamos a reflexionar sobre estas manifestaciones recogiendo y ampliando el trabajo realizado en los grupos.

La importancia que el acontecimiento de Pentecostés tiene en el libro de los Hechos, y sobre todo la que ha tenido y tiene en la vida de la Iglesia, puede hacernos olvidar las otras manifestaciones del Espíritu que aparecen a lo largo del libro. En todas ellas, su presencia muestra el asentimiento de Dios a una obra

que se está iniciando, y a la vez es fuerza y valentía para seguir anunciando la Palabra. Todas estas manifestaciones están relacionadas con la misión universal encomendada por Jesús en Hch 1,8:

- Hch 2,1-8: el Espíritu llena a los primeros discípulos reunidos en el Cenáculo en la fiesta de Pentecostés. Ésta era una fiesta judía en la que se celebraban dos cosas: la acción de gracias por la cosecha (Éx 23,16) y el pacto de Dios con el pueblo en el Sinaí (Éx 20,22-23,33; 34,10-28). Como los destinatarios de esta manifestación son judíos, a este pasaje se le ha denominado el "pentecostés judío". Responde a la primera fase de la misión: "seréis mis testigos en Jerusalén" (Hch 1,8). Si seguimos leyendo Hechos, descubrimos que, impulsados por el Espíritu, los apóstoles dan testimonio de Jesús en esta ciudad.
- Hch 8,14-17: la segunda parte del programa evangelizador de Jesús lleva la Buena Noticia hasta Judea y Samaría. Los habitantes de Samaría reciben el Espíritu por mediación de Pedro y Juan. Es el denominado "pentecostés de los samaritanos".
- Hch 10,44-48: el trasfondo de esta manifestación del Espíritu es la apertura del Evangelio a los no judíos, algo que constituyó un problema importante para los primeros cristianos. Lucas intenta dejar claro que no hay distinción entre judíos y paganos. Apela para ello a dos autoridades: la divina, con el episodio de la visión de Pedro y la llegada del Espíritu sobre los gentiles, y la humana, asentando todo bajo la autoridad de Pedro. La irrupción del Espíritu hace que Pedro acoja a los paganos en la comunidad cristiana y posibilita que la Buena Noticia se vaya abriendo camino, sin distinción de personas, hacia los confines de la tierra. A esta manifestación del Espíritu podríamos denominarla "pentecostés de transición": el

Espíritu se derrama sobre judíos, temerosos de Dios (simpatizantes de los judíos) y paganos.

- Hch 19,1-7: el Evangelio ha llegado hasta los gentiles. Pablo impone las manos a un grupo de personas de Éfeso y se desencadena un nuevo pentecostés. El que sea Pablo quien facilite la venida del Espíritu Santo es, para Lucas, importante, pues del mismo modo que los apóstoles confirman la labor iniciada por Felipe en Samaría, así ahora Pablo se equipara a los apóstoles, confirmando la actividad misionera de Apolo en Éfeso. Es el denominado "pentecostés de los paganos".

En todos estos pasajes hemos observado que el Espíritu se derrama sobre personas reunidas en comunidad y siempre empuja a llevar adelante la Buena Noticia de Jesucristo, siguiendo el itinerario del programa esbozado en Hch 1,8. En todos ellos aparece también la relación entre Espíritu, comunidad y misión, que está muy presente en la obra de Lucas.

Lucas dice que el Espíritu se manifiesta a judíos y gentiles para que la Palabra de Dios se siga anunciando. Pero es consciente de que esta manifestación no puede expresarse con nuestro lenguaje y, por eso, para describirla *utiliza imágenes* y conceptos cargados de sentido en el NT:

- Viento, fuego, ruido... Este modo de expresar la manifestación de Dios, aparece en el AT, por ejemplo, en Éx 19: el acontecimiento del Sinaí (Dios se manifiesta en el ruido -truenos y sonido de trompeta-, en el fuego y en el humo). La imagen del viento que utiliza Lucas y que aparece en otros textos del AT (como en 1 Re 19,11-13), sugiere la venida del Espíritu porque en hebreo espíritu y viento se expresan con la misma palabra: *rûah*.
- Hablar en lenguas y profetizar... En el AT se esperaba una irrupción del Espíritu del Señor en los últimos tiempos. Pedro ve cumplida esta esperanza en Pentecostés (Hch 2,16). Las personas sobre

las que desciende el Espíritu, según Lucas, hablan en lenguas y profetizan (Hch 2,6; 10,46; 19,6). Es decir, empujados por el Espíritu, manifiestan que vivimos ya en la etapa final de la historia, tiempo de la salvación de Dios que se ofrece a todo el mundo sin distinción. Además, el Espíritu constituye a sus testigos-profetas en proclamadores de la Buena Noticia de la salvación ante todos los pueblos. Es como si la confusión que originó Babel desapareciera y todo el mundo pudiera llegar a constituir, de nuevo, una sola familia. Pentecostés es el anti-Babel, la esperanza de que todos los pueblos, con la venida del Espíritu Santo, puedan entenderse. Aquí comienza el horizonte universal de la misión cristiana.

Hemos visto dos formas de manifestación del Espíritu Santo en la segunda parte de la obra lucana: una simbólica, y otra a través de los efectos en las personas que lo reciben. Vamos a seguir leyendo el libro de los Hechos desde los efectos que el Espíritu produce en los creyentes. Nos preguntamos: ¿cómo se manifiesta el Espíritu en la comunidad de los primeros cristianos y en la misión que desarrollan?

El Espíritu presente en la comunidad y en la misión

El Espíritu Santo, según la promesa de Jesús, guió, estimuló y acompañó de una manera muy especial a los primeros cristianos. El libro de los Hechos así lo señala: quitaba los miedos (Hch 2,1ss), llenaba de fortaleza (Hch 4,31), empujaba a acoger a los gentiles (Hch 10,1ss), ayudaba a aclarar situaciones y conflictos (Hch 15,1ss)... En una palabra, su presencia en la Iglesia fue decisiva porque capacitó a los discípulos para ser testigos de Jesús "hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). Además, les hizo entender que esa labor

de testigos no podían realizarla solos. Y los reunió, con otros hermanos y hermanas, en comunidad.

Espíritu y comunidad

El Espíritu Santo revitaliza la comunidad: el Espíritu se manifiesta en el primer pentecostés a una comunidad y la recrea dándole nueva vida. Los discípulos, que antes estaban encerrados (Hch 1,12ss), pasan a abrir puertas, a salir de sus fronteras para proclamar con valentía la Palabra de Dios. A partir de esta proclamación surgen nuevas comunidades de creyentes que todo lo tienen en común, que perseveran en la enseñanza de los apóstoles, que oran y que celebran la fracción del pan (Hch 2,42). Por su intensidad de vida “contagian” a los de fuera, y así se van creando nuevas comunidades: “... el Señor agregaba cada día los que se iban saliendo al grupo de los creyentes” (Hch 2,47).

El Espíritu Santo está presente y actúa en la comunidad: el Espíritu no da nueva vida a las comunidades y luego las abandona a los vaivenes de la historia, sino que, en medio de los acontecimientos, Él se hace presente para:

- Manifestar su voluntad: hasta tal punto es fuerte y decisiva esta presencia que las conclusiones de la Asamblea de Jerusalén se exponen con la fórmula: “hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros” (Hch 15,28).
- Elegir dentro de la comunidad: la iglesia de Antioquía estaba reunida y el Espíritu se hace presente: “Separadme a Bernabé y a Saulo” (Hch 13,2).
- Ofrecer alegría, consuelo y valentía en medio de persecuciones y dificultades (Hch 4,31; 13,52).
- Organizar la comunidad: elige coordinadores (Hch 20,28) y misioneros (Hch 13,2).

Estas comunidades son sostenidas por la fuerza del Espíritu para una misión: ser testigos ante el mundo entero de que el Señor ha resucitado. Y si en la comu-

nidad fue muy importante la labor del Espíritu, también lo fue en la misión.

Espíritu y misión

Según el relato de Lucas, Jesús, antes de subir al Cielo, dijo a sus discípulos: “Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). Tal como aparece en el libro de los Hechos, el Espíritu inicia y acompaña esta misión sin fronteras.

El Espíritu Santo inicia la misión. El testimonio del libro de los Hechos pone de manifiesto que los primeros cristianos no se sentían dueños de la misión. Sabían que el verdadero protagonista era el Espíritu.

- La primera y gran tarea del Espíritu fue animar a la comunidad a salir de su miedo y encerramiento para que comenzase a predicar a Cristo resucitado. Esta fuerza la reciben los discípulos en Pentecostés (Hch 2,4.14). Se inicia así un camino que llevará el Evangelio “hasta los confines de la tierra”.
- El Espíritu anima a los oyentes a cambiar de vida, a la conversión y al bautismo para que entren a formar parte de la comunidad cristiana (Hch 2,37-41.47; 11,15-18). Esta comunidad cristiana, como hemos visto, es la responsable de la misión.
- El Espíritu envía en misión a los que Él mismo elige: a Felipe le pide que se ponga junto al carro del etiope (Hch 8,26.29-39); a Pedro le dice que vaya al encuentro de Cornelio, preparando la apertura de las puertas del Evangelio a los gentiles (Hch 10,20); a Pablo y a Bernabé los elige “para la misión que les he encomendado” (Hch 13,2.4).
- Orienta la misión favoreciendo o negando la entrada en una región determinada: “... el Espíritu les impidió anunciar la palabra en la provincia de Asia” (Hch 16,6-7).

Por tanto, el Espíritu Santo toma la iniciativa en la misión, ya sea animando a la comunidad, eligiendo, poniendo en marcha o impidiendo la misión. En todo caso es evidente que los primeros cristianos lo experimentaron como fuerza activa que los puso en camino para que el mensaje del Evangelio fuera testimoniado en todo el mundo.

El Espíritu Santo, protagonista y acompañante de la misión. Los primeros cristianos también fueron conscientes de que el Espíritu Santo no solamente les guiaba y dirigía, además, no les dejaba solos: era protagonista y compañero en la misión. Lo encontramos en Hechos haciendo camino con ellos:

- El Espíritu hace entender a Pedro el pasado, le ofrece luz para descubrir el momento presente y lanzarse al futuro. Así lo expresa en el discurso de Pentecostés (Hch 2,14-41).
- En los momentos de dificultad y persecución, el Espíritu anima a Pedro y a Juan para que sigan dando testimonio de Jesús con valentía (Hch 4,31). Les ayuda, además, a interpretar la situación de persecución por la que están pasando (Hch 4,23-31).
- Confirma en la misión alentando más allá de las dificultades (Hch 13,51-52).
- No sólo conduce a Felipe al camino de Gaza. Además, cuando su labor ha terminado, lo "arrebata", lo hace desaparecer para llevarlo a otros lugares (Hch 8,29-39).
- En el segundo viaje de Pablo será un guía constante (Hch 16,6s), señalando en qué lugares debía predicar.

Por tanto, más que una mera fuerza activa, el Espíritu es un auténtico compañero de camino: alienta, señala, arrebatata..., obrando en los misioneros y desde ellos. Lucas señala cómo la Palabra de Jesús llega hasta la meta que el mismo Resucitado había señalado: Roma, los confines de la tierra.

Concluyendo lo dicho hasta ahora, podemos señalar que Espíritu Santo es el principal protagonista del libro de los Hechos. Él es quien, desde el principio, pone en marcha la evangelización, impulsando y asistiendo a los que dan testimonio de Jesús. Él es también quien consolida la comunidad cristiana y la ilumina en los momentos de dificultad. Según el libro de Hechos, el Espíritu Santo está íntimamente vinculado a la experiencia comunitaria y misionera de los primeros discípulos de Jesús, hasta tal punto que dicha experiencia sería imposible sin el Espíritu.

PARA CONTINUAR LA REFLEXIÓN

- A partir de lo que hemos trabajado, ¿podrías señalar tres pasajes de Hechos en los que el Espíritu Santo se hace presente?
 - En la comunidad.
 - En la misión.
- Señala, en cada caso, cómo se hace presente.
- ¿Descubres a ese Espíritu haciéndose presente en nuestras comunidades y en nuestra misión? ¿Cómo y dónde se muestra hoy el Espíritu Santo?

PARA PROFUNDIZAR EL LIBRO DE LOS HECHOS COMO OBRA LITERARIA

Autor, fecha y lugar de composición

El libro de los Hechos de los Apóstoles es la continuación del evangelio de Lucas. Ambos forman parte de una misma obra editada en dos volúmenes y escri-

ta por el mismo autor. Esto se observa claramente si, por ejemplo, nos damos cuenta de que en el prólogo de los Hechos se habla de "mi primer libro". ¿A qué libro, anteriormente escrito por el autor, puede referirse esta mención? Evidentemente, al evangelio de Lucas que también está dedicado a un tal Teófilo (Lc 1,3 y Hch 1,1). Además, el final de esta obra narra los mismos acontecimientos que vuelven a referirse al principio de los Hechos. Entre ellos destaca el relato de la Ascensión de Jesús.

Para decirlo con una imagen gráfica, podemos considerar que el último capítulo del evangelio de Lucas y el primero de los Hechos de los Apóstoles forman una especie de bisagra que une entre sí las dos tablas de un díptico. Las coincidencias en el vocabulario y en el estilo literario que se observan en ambos libros, corroboran la opinión de que nos encontramos ante dos obras estrechamente vinculadas entre sí. En cuanto a los temas de fondo, en una y otra se nos habla de la salvación de Dios que se ha manifestado en Jesús (evangelio) y se hace presente en el mundo a través del testimonio de sus discípulos (Hechos de los Apóstoles).

La tradición cristiana ha atribuido desde fechas antiquísimas estos dos libros a Lucas, médico de profesión y compañero de Pablo en alguno de sus viajes misioneros (Col 4,14). En realidad son obras anónimas. Eso significa que no sabemos con seguridad quién las escribió. Sólo indirectamente, a través de los datos que nos proporciona su lectura, podemos trazar un perfil de la personalidad de su autor. Seguramente no era judío y escribió entre los años 80 y 90 d.C. para una comunidad cristiana de la segunda generación, cuyos miembros no habían conocido personalmente a Jesús, procedían mayoritariamente del paganismo y vivían en estrecho contacto con la cultura helenística. Tampoco podemos decir con seguridad dónde redactó su obra, aunque lo más verosímil es que se tratase de un lugar fuera de Palestina. De hecho, sus conocimientos sobre la geografía y las costumbres propias

del país de Jesús son a menudo imprecisos y a veces incluso erróneos.

Lo que sí podemos afirmar es que Lucas (lo llamaremos así por comodidad y en continuidad con la tradición cristiana) domina con particular maestría la lengua griega. Es un excelente narrador y se complace en imitar el estilo de los escritores (historiadores) helenistas contemporáneos (Lc 1,1-4). Por eso no tiene inconveniente en citar, cuando se tercia, a los poetas y filósofos griegos (Hch 17,28), lo que demuestra además su conocimiento de la cultura clásica.

Antes de continuar, debemos añadir algo sobre el título de la obra. En primer lugar, hay que decir que no se trata de un título original, sino que fue añadido en una época posterior a su redacción. Además, podemos afirmar que no es un título muy acertado, puesto que los protagonistas del libro no son exclusivamente los apóstoles. De hecho, éstos aparecen más bien poco a lo largo de la narración, mientras que otros personajes, como Pablo, ocupan un espacio mucho mayor. Eso sin contar con que los verdaderos protagonistas de los Hechos no son los personajes humanos que aparecen, sino el Espíritu Santo.

El título de *Hechos de los Apóstoles* revela la influencia de la tradición literaria de los griegos. Entre ellos existía un tipo de escritos que narraban las hazañas de grandes y famosos personajes. Eran una especie de biografías noveladas cuyo objeto era mostrar el origen divino de la misión del "héroe". En griego recibían el nombre de *praxeis* ("hechos"). Así, podían leerse los *Hechos de Alejandro Magno*, los *Hechos de Aníbal* y otros muchos. Por semejanza aparente, recibió también este nombre la obra que nosotros conocemos como *Hechos de los Apóstoles*. No obstante, un análisis más detallado nos revela que este libro no pertenece a este género histórico pues su intención principal no es la de informarnos sobre las proezas realizadas por un "semi-dios" determinado. El libro de los Hechos es la continuación del evangelio de Lucas y,

como él, pertenece al género literario “evangelio” cuya pretensión es la de fortalecer la fe de quienes lo lean. Por eso algunos han propuesto cambiar el título de esta obra por el de *El Evangelio del Espíritu Santo*.

Hasta la invención de la imprenta, el libro de los Hechos se transmitió, como el resto del Nuevo Testamento, en manuscritos. Los manuscritos más antiguos contienen dos versiones diferentes de la obra que se conocen respectivamente como “texto alejandrino” y “texto occidental”. El texto alejandrino es más breve que el texto occidental, ya que en este abundan glosas y añadidos. Normalmente, las traducciones de la Biblia suelen usar la versión del texto alejandrino pues se considera que es la más cercana al texto original.

Relatos, discursos y sumarios

Todo texto literario puede ser comparado a un tejido. Un tejido en el que se entrecruzan, como hebras bien tramadas, las palabras, los sintagmas y las frases... Siguiendo con esta imagen podríamos afirmar que el texto del libro de los Hechos está tejido a base de tres hilos: “los relatos”, “los discursos” y “los sumarios”. En un lenguaje más técnico diríamos que encontramos en él tres géneros literarios, es decir, tres modos diferentes de expresarse mediante los cuales el autor nos comunica su mensaje. Resumimos a continuación algunas ideas sencillas sobre cada uno de ellos, para tratar de aclarar lo que son y la función que desempeñan dentro del conjunto de la obra.

Los relatos

A primera vista, el libro de los Hechos se nos presenta como un relato. Al empezar a leer tenemos enseñada la sensación de que se nos está contando una historia. Como veremos, esta impresión se ajusta sólo

parcialmente a la realidad, porque en esta obra hay muchas cosas que no son narraciones. En cualquier caso sí puede decirse que Lucas ha querido enmarcar su obra en un relato. Aunque en Hechos no todo es narración, todo está “enmarcado” en una narración. Hay un “marco narrativo”. La historia que se nos relata es la que unifica y aglutina todos los elementos que encontramos dentro del libro y la que da coherencia al conjunto de la obra.

¿Por qué el libro de los Hechos utiliza la narración como recurso literario? Pues por la misma razón por la que contamos cuentos a los niños. No simplemente para entretenerlos un rato, sino sobre todo para transmitirles una serie de valores y ejemplos de vida a través de los personajes que aparecen en ellos. La narración confiere a Hechos un carácter ejemplar. Se narra para suscitar en el lector el deseo de identificarse con lo que lee: con los personajes, con lo que hacen, con los valores que reflejan sus acciones..., para despertar en ellos el deseo de vivir sus mismas experiencias. En nuestro caso Lucas quiere que los cristianos de la comunidad a la que él escribe se sientan estimulados y tiendan a imitar la profunda vivencia fraterna de las primeras comunidades cristianas, su ímpetu misionero, su docilidad al Espíritu Santo...

Toda narración que se precie de serlo, necesita una trama, es decir, un argumento, un “hilo conductor” que va haciendo avanzar los acontecimientos, encadenando unos a otros y manteniendo el interés o el suspense. La trama del libro de los Hechos, al contrario de lo que pudiera parecer en un principio, no está centrada sobre los personajes que aparecen en la obra (Pedro, Esteban, Bernabé, Pablo...). Eso significa que no ha sido escrita con el interés principal de informarnos sobre su vida o lo que les sucede, lo que explica que nos encontremos con silencios sorprendentes (por ejemplo, no se nos dice prácticamente nada sobre el destino final de los Doce o de Pablo...). Por eso, el título posteriormente asignado al libro puede despistar un

poco. Lo que importa en realidad no son los “hechos” de los apóstoles, sino la historia de la Buena Noticia. No interesa tanto lo que les pueda pasar a los protagonistas humanos del relato, sino lo que le pasa a la Palabra de Dios. La trama de los Hechos está centrada en ella. Es una historia de cómo el Evangelio se va extendiendo desde Jerusalén hasta Roma impulsado por el verdadero protagonista de la historia que es el Espíritu Santo.

Ese interés de Lucas explica los silencios y vacíos en la narración. No se nos cuenta todo. Quizá nosotros habríamos deseado conocer más detalles sobre muchas cosas. Pero Lucas selecciona aquellos episodios que convienen a su propósito. Lo demás no le interesa directamente. Es secundario y no tiene inconveniente en omitirlo.

Para conocer más de cerca el libro de los Hechos de los Apóstoles, conviene que reflexionemos un poco sobre los tres elementos fundamentales que estructuran toda narración. Son como las tres hebras que, estrechamente unidas, trenzan el hilo de todo relato.

El espacio

No es indiferente la manera en que una narración sitúa sus escenarios. Una novela como *Cinco horas con Mario* se desarrolla en una única habitación donde una viuda habla durante cinco horas con su marido difunto y de cuerpo presente. Este espacio tan limitado y por momentos agobiante, contribuye a crear el ambiente necesario para un diálogo de semejantes características. En cambio, un relato como *La vuelta al mundo en ochenta días* necesita cambiar de escenarios constantemente para crear la sensación de dinamismo propia de todo libro de aventuras.

En este sentido, los Hechos de los Apóstoles se parecen más bien a un libro de viajes. Desde el punto de vista del espacio, la narración está estructurada sobre el programa misionero trazado por Jesús al

principio de la obra, en Hch 1,8: “Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra”.

Las indicaciones espaciales contenidas en estos versículos describen la expansión de la Buena Noticia desde Jerusalén hasta los confines de la tierra en forma de ondas concéntricas, del mismo modo a como sucede cuando una piedra altera la tranquila superficie de un lago. Al mismo tiempo marcan la división del libro de los Hechos en tres grandes secciones:

1. “Seréis mis testigos en Jerusalén”: La expansión de la Buena Noticia en Jerusalén: Hch 1-5.
2. “en toda Judea, en Samaría”: La expansión de la Buena Noticia en Judea y Samaría hasta llegar a Antioquía: Hch 6-12 (propriadamente hablando, Hch 8-12. Los capítulos 6 y 7 son preparatorios y podrían ser considerados como parte de la sección anterior).
3. “y hasta los confines de la tierra”: La expansión de la Buena Noticia desde Antioquía hasta Roma: Hch 13-28.

Este movimiento de expansión y universalización de la Palabra de Dios, que se inicia en Jerusalén (ciudad-centro del judaísmo) y concluye en Roma (centro y símbolo del mundo pagano), contrasta con aquel otro (más bien de concentración) que encontramos en el evangelio de Lucas. Allí Jesús avanza progresivamente desde Galilea hacia Jerusalén, pasando por Samaría y Judea, mientras que en el libro de los Hechos se recorre el itinerario inverso, partiendo precisamente de esta ciudad para llegar hasta la capital del Imperio romano que, como tal, puede hacer de caja de resonancia desde la cual la Palabra de Dios se haga sentir “hasta los confines de la Tierra”.

Los protagonistas

La elección de los protagonistas no es cuestión de poca importancia a la hora de narrar una historia, puesto que son ellos los que encarnan en sus acciones y en sus actitudes los valores que el autor quiere transmitir a sus lectores. En el fondo, cada uno de ellos se convierte en un modelo de vida propuesto para la imitación o quizá para el rechazo, ya que, a veces, pueden elegirse protagonistas que encarnan valores negativos o contraculturales. Evidentemente no produce los mismos efectos la lectura de una vida de santos que la de la biografía de un sanguinario dictador. En el libro de los Hechos hay dos tipos de protagonistas:

Los protagonistas humanos de la acción: Sorprende ver cómo aparecen y desaparecen de la escena, a veces incluso de forma imprevista. El programa misionero trazado por Jesús en Hch 1,8 haría pensar que son los Doce los responsables de llevar la Buena Noticia hasta el confín de la tierra, puesto que son ellos los que reciben este encargo de boca del Señor. Pero la narración desmiente esta primera impresión. De hecho encontramos en el libro de los Hechos una gran cantidad de testigos del Evangelio. Entre ellos destacan tres grupos que actúan respectivamente en cada una de las tres etapas antes señaladas con el mismo y único fin de extender la Buena Noticia y cumplir el encargo de Jesús. Sus entradas y salidas de escena no son bruscas. Lucas las prepara magistralmente. Observémoslo más de cerca:

- Hch 1-5: Actúan los Doce y particularmente Pedro. Las menciones de Pedro se concentran en Hch 1-5. Después lo encontramos sólo en un par de ocasiones en Hch 10-11 y Hch 15. Luego abandona definitivamente la escena.
- Hch 6-12: Aparecen los ministros helenistas de la Iglesia de Jerusalén (los siete diáconos), sobre todo Esteban y Felipe.

- Hch 13-28: Entran en escena los ministros de la Iglesia de Antioquía, entre los que destacan Bernabé y, especialmente, Pablo que ocupará un lugar preponderante a partir de este momento. La aparición de Pablo en el relato ha sido muy bien preparada por Lucas al nombrarlo en Hch 7,58 durante el martirio de Esteban y al narrar su conversión en Hch 9.

El Espíritu Santo: Es el verdadero protagonista de la acción. Es él quien pone en escena a los diferentes personajes y los saca de ella cuando hace falta. Los protagonistas humanos aparecen y desaparecen. Él siempre permanece activo al frente de la misión, dirigiendo el avance de la Buena Noticia y favoreciendo o impidiendo la actuación de los protagonistas humanos según convenga en cada ocasión. Además, es el Espíritu Santo quien confirma con su presencia el avance del Evangelio en cada etapa, en una cadena de sucesivos "pentecostés" que van jalando toda la obra.

- En Jerusalén: Hch 2,1-13: el pentecostés de los judíos.
- En Judea y Samaría: Hch 8,14-17: el pentecostés de los samaritanos.
- En la misión hasta los confines del mundo: Hch 19,1-7 (lee también Hch 10,44-48): el pentecostés de los paganos.

El tiempo

Ya hemos dicho antes que cuando alguien construye una narración no lo cuenta todo ni da a todos los episodios del relato la misma importancia. Hay novelas muy extensas que narran sólo lo sucedido a lo largo de una única jornada. Otras, en cambio, abarcan periodos de tiempo muy dilatados. A veces los autores se detienen a contar con todo detalle un hecho muy concreto. Otras veces saltan en el tiempo, provocando vacíos en la narración de acontecimientos que pueden ocupar días, meses e incluso años enteros.

Llamamos tiempo narrativo al tiempo que se dedica en un relato a contar un acontecimiento determinado. Si nos fijamos con atención en este dato podremos descubrir la intención del autor, pues, lógicamente, habrá dedicado más espacio a narrar aquellas cosas que para él revisten más importancia, mientras que habrá silenciado aquellas otras que le resulten secundarias o poco importantes.

Lucas tiene una concepción muy particular del tiempo. Para él, la historia se divide en tres grandes etapas: el tiempo de Israel, el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia. Todas ellas están orientadas al tiempo escatológico, en el que la historia llegará a su plenitud gracias a la venida del Mesías. Este esquema temporal determina la manera en que Lucas estructura la narración en Lc - Hch. El tiempo de Israel es el tiempo de la Antigua Alianza, que se cierra con la figura de Juan Bautista, presente aún en los tres primeros capítulos del evangelio. Al tiempo de Jesús le dedica Lucas el resto de su primer libro que concluye con el relato de la Ascensión. Un relato que vuelve a repetirse al principio del libro de los Hechos cerrando la etapa dedicada a Jesús y dando paso al tiempo de la Iglesia, al que está dedicado la totalidad de su segundo libro.

Cuando Lucas narra, también selecciona. De hechos objetivamente importantes desde el punto de vista histórico apenas nos da algunas pinceladas (por ejemplo, de la persecución de los cristianos por parte de Herodes Agripa I: Hch 12,1s). De otros, en cambio, nos proporciona muchos detalles e incluso los cuenta más de una vez (por ejemplo, la doble visión de Pedro: Hch 10,9ss y 11,5ss o los tres relatos de la conversión de Pablo).

Eso significa que también para Lucas hay cosas que revisten un interés mayor. Por eso ha escogido aquellos acontecimientos más significativos o que mejor cuadraban con su objetivo, dejando a un lado otras informaciones que le resultaban secundarias. Su

intención no es puramente "historicista", sino "teológica". Eso significa que no pretende darnos muchas informaciones objetivas sobre las cosas que pasaron históricamente, sino interpretar desde la fe el sentido profundo de lo sucedido. Pone su relato al servicio de un mensaje religioso que quiere comunicar y que no es otro sino el designio de Dios de extender su Palabra hasta los confines del mundo (lee el prólogo del evangelio de Lucas que lo es también de Hechos: Lc 1,1-4).

Los discursos

Antes hemos adelantado que, a pesar de lo que pudiera parecer a primera vista, no todo lo que encontramos en el libro de los Hechos pertenece al género literario de la narración. Estratégicamente intercalados en el relato y marcando los momentos claves de la difusión del Evangelio, hallamos además una gran cantidad de discursos. Ocupan nada menos que una tercera parte de la obra. De hecho, se pueden contar hasta veinticuatro: ocho pronunciados por Pedro, nueve por Pablo y el resto por diferentes personajes.

Literariamente son muy diferentes de los "discursos" que podemos leer en los evangelios. Aquellos son más bien una recopilación de dichos de Jesús originalmente independientes y reunidos más tarde para dar la impresión de haber sido pronunciados en una misma ocasión. Por eso recogen a menudo temas muy diversos y no dan sensación de unidad (así ocurre, por ejemplo, en el llamado "Sermón de la montaña" en Mt 5-7). En el libro de los Hechos, en cambio, nos topamos con verdaderas piezas oratorias, generalmente breves pero bien compuestas y ordenadas, al estilo de la retórica helenística al uso en la época, donde el desarrollo de las ideas, la gradación del pensamiento y la unidad de estilo están muy bien pensadas.

No obstante, presentan entre sí muchas diferencias dependiendo de su extensión, el personaje que los pronuncia, la temática, el contexto y, sobre todo los destinatarios del mismo (judíos, paganos o cristianos).

Los discursos dirigidos a los judíos razonan siempre a partir de lo que dice la Escritura; en cambio, aquellos que tienen a los paganos como oyentes buscan argumentos en la razón o en alusiones a los poetas y filósofos griegos. Para comprobar esta diferencia se podría comparar, por ejemplo, lo que se dice en Hch 2,14-36 (discurso para los judíos) y en Hch 17,22-31 (discurso para los paganos).

En cuanto al género literario, entre los discursos de Hechos se cuentan algunas “apologías”, que tenían como objeto la defensa ante los tribunales. Son abundantes en Hch 21-28 durante el proceso penal de Pablo (por ejemplo, Hch 22,1-21). También encontramos en una ocasión un “discurso de despedida” (Hch 20,18-35), que además es prácticamente el único en todo el libro cuyos destinatarios son cristianos.

De todas maneras, los grandes discursos de Hechos son casi siempre discursos misioneros, es decir se dirigen a aquellos que todavía no son cristianos, ya sean judíos o paganos. Por eso suelen presentar un esquema muy similar que se corresponde aproximadamente con el del anuncio de la Buena Noticia llevado a cabo por las primeras comunidades.

Aunque suelen comenzar refiriéndose al acontecimiento o circunstancia particular que los provoca e incluso recogen la argumentación del auditorio para confirmarla o rebatirla (por ejemplo, Hch 2,13-15), pronto se centran en la exposición del acontecimiento central de la Historia de la Salvación (la muerte y la resurrección de Jesucristo) y describen los contenidos fundamentales del anuncio cristiano (el “*kerigma*”).

En ese sentido recuerdan mucho a las homilias pronunciadas en las sinagogas helenistas de la época que se localizaban en el mismo medio cultural en el que vivían las comunidades a las que Lucas se dirige. Estas homilias solían comenzar con una cita breve de la Escritura seguidas del testimonio del que hablaba y de numerosas pruebas basadas en los textos del Antiguo Testamento.

El esquema fundamental de la gran mayoría de los discursos que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles consta de los siguientes elementos:

- Prólogo histórico: se parte de un hecho de vida del pasado o del presente que se quiere iluminar o comprender mejor a la luz de la Palabra de Dios (Hch 2,14-21).
- Anuncio del *kerigma*: En forma de “vida breve” de Jesús, apoyada a menudo por diferentes citas de la Escritura, se desarrollan más o menos las siguientes ideas: en Jesús muerto y resucitado, Dios ha cumplido las promesas hechas desde antiguo a Israel. Exaltado a la diestra de Dios por su Resurrección, Jesús es ahora la Cabeza de la Iglesia, el Nuevo Israel, y desde allí envía el Espíritu Santo para que guíe y confirme su misión. La era mesiánica, así inaugurada y vivida ya en la Iglesia, culminará con la venida de Cristo al final de los tiempos (Hch 2,22-36).
- Exhortación a la conversión y a la fe: Invitación al bautismo (forma parte del *kerigma*) (Hch 2,37-40).
- Epílogo: reacción de los oyentes y/o constatación de la eficacia del discurso (Hch 2,41).

Para explicar la función de estos discursos dentro de la obra completa de Hechos debemos observar que todos ellos están muy bien relacionados con su contexto y muy bien integrados en la trama narrativa. El discurso tiene que ver con lo que sucede y podemos intuir enseguida que su función es la de explicar el sentido de los acontecimientos que se narran. Eso explica su estratégica situación dentro del relato.

Podemos concluir diciendo que la intención de Lucas al redactar estos discursos es doble:

- Por un lado, explicar el sentido profundo de los acontecimientos de la Iglesia naciente narrados en el libro. En la raíz de todo lo que pasa se descubre un mensaje vivo: el de la muerte y resurrección de

Jesucristo como fuente de salvación para todos los hombres.

- Por otro, iluminar la situación en la que vivían los cristianos de su época, insistiendo en la inocencia y bondad de la religión cristiana y en el avance imparable de la Buena Noticia a pesar de todos los obstáculos con los que ha de enfrentarse.

Los sumarios

El libro de los Hechos de los Apóstoles está preocupado sobre todo por las relaciones que los cristianos deben establecer con “los de fuera”, es decir, con los que todavía no han llegado a la fe: los no creyentes, sean estos judíos o paganos. Es una obra de marcado carácter “misionero”. Pero eso no significa que se despreocupe absolutamente de las relaciones y el modo de vida que los creyentes en Jesucristo deben adoptar “hacia dentro”, es decir, entre ellos. Este tipo de información lo hallamos, sobre todo, en los sumarios. En algunos de ellos encontramos respuesta a la pregunta: ¿qué rasgos deben definir la vida de una comunidad cristiana?

Los sumarios son breves resúmenes intercalados sobre todo en la primera parte del libro de los Hechos, en los cuales se nos “retrata” la vida de la primera comunidad cristiana de Jerusalén. Los más importantes se encuentran en: Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16. Además de estos sumarios, también podemos localizar a lo largo del relato otra serie de breves indicaciones en las que se habla sobre el estilo de vida que caracterizaba a las primeras comunidades cristianas: Hch 6,7; 9,31; 12,24...

Dentro del libro de los Hechos, los sumarios cumplen una doble función:

- De transición entre bloques narrativos autónomos. Lo hacen mediante la técnica de las “palabras-gancho”. Son como las puntadas que ayudan a coser entre sí las diferentes partes del relato (por

ejemplo, en Hch 2,42-47 encontramos expresiones como “asistencia al templo”, “simpatía”... que ayudan a relacionarlo con lo que luego se dice en Hch 3,1-4).

- Procuran una pausa de reflexión al lector. Son como “paréntesis” que interrumpen momentáneamente el hilo de la narración y permiten asimilar mejor el contenido de lo que se está leyendo.

El ideal de vida comunitaria propuesto en los sumarios gira en torno a cuatro rasgos esenciales:

- La enseñanza y testimonio de los Apóstoles.
- La comunión fraterna.
- La fracción del pan.
- La oración y la asistencia al Templo.

Sobre ellos hablaremos con detalle en el capítulo dedicado a la comunidad cristiana.

Otras indicaciones que a veces se encuentran en los sumarios tienen que ver con la irradiación que provoca la comunidad en los de fuera, con su influencia en los que aún no forman parte de ella.

- *Simpatías entre el pueblo*: En contraste con la actitud hostil de las autoridades judías y en continuidad con la experiencia del mismo Jesús.
- *Signos y prodigios*: Hacen ver que la misión de la comunidad cristiana sigue los pasos de la misión de Jesús, que realizó los mismos signos y prodigios, y revelan la presencia del Espíritu y del poder de Dios en medio de ella.
- *Crecimiento numérico de la comunidad*: Es un signo del éxito de la predicación cristiana. Los datos a veces se recogen con excesivo entusiasmo. Las cifras están abultadas. Como veremos los sumarios tienden a idealizar.

Estructura literaria del libro

Combinando los diversos elementos literarios que configuran el libro de los Hechos y otros teológicos de los que hablaremos más adelante, es posible dividir los Hechos de los Apóstoles en tres secciones, que se corresponden con las tres etapas del programa misionero esbozado por Jesús en sus palabras de despedida a los discípulos (Hch 1,8). Cada una de estas secciones puede subdividirse a su vez en diversas escenas. La estructura literaria del libro de los Hechos podría compararse por ello a un hermoso retablo de tres calles, en cada una de las cuales fuese posible contemplar tres cuadros o escenas diferentes, excepto en la calle central en la que se añadiría un cuadro más. Todo este conjunto está coronado por una introducción que ayuda a entender la lógica interna con la que se han distribuido en el espacio el resto de las escenas.

La división literaria de la obra quedaría entonces como sigue:

Introducción: Hch 1,1-11

I LA IGLESIA EN JERUSALÉN: Hch 1,12-5,42

1. La primera comunidad: Hch 1,12-2,47
2. Pedro y Juan: Hch 3,1-5,11
3. Los apóstoles: Hch 5,12-42

II DE JERUSALÉN A ANTIOQUÍA: Hch 6,1-12,25

1. El grupo de los helenistas: Hch 6,1-8,3
2. Evangelización de Samaria: Hch 8,4-9,31
3. Pedro confirma la misión a los paganos: Hch 9,32-11,18
4. Evangelización de Antioquía: Hch 11,19-12,25

III DE ANTIOQUÍA A ROMA: Hch 13,1-28,31

1. Evangelización de Chipre y Asia Menor: Hch 13,1-15,35
2. Evangelización de Grecia: Hch 15,36-21,14
3. El camino hasta Roma: Hch 21,15-28,31

La introducción (Hch 1,1-11) empalma con el final del evangelio de Lucas (Lc 24,45-53) y realiza el tránsito entre el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia. Desde el comienzo el autor presenta al Espíritu Santo como el gran protagonista del libro (Hch 1,2.5.8) y traza el programa de la misión cristiana que se irá desplegando a lo largo de la obra (Hch 1,8).

La primera gran sección de los Hechos (Hch 1,12-5,42) se desarrolla en Jerusalén, según lo previsto en el programa misionero esbozado en Hch 1,8. En esta ciudad, los apóstoles dan testimonio de Jesús impulsados por el Espíritu Santo. Dos sumarios sobre la vida de la comunidad cristiana (Hch 2,42-47; 4,32-35) dividen esta primera etapa en tres cuadros. El primero de ellos (Hch 1,12-2,41) describe la formación de la comunidad por obra del Espíritu. La escena principal está constituida por el relato de Pentecostés (Hch 2,1-13) y el discurso de Pedro pronunciado en tal ocasión (Hch 2,14-41). El segundo cuadro (Hch 3,1-4,31) tiene como principales actores a Pedro y a Juan. Finalmente, el tercer cuadro (Hch 5,12-42) describe la actuación misionera del grupo de los Doce como tal.

La segunda sección de Hechos (Hch 6,1-12,25) se inaugura con la entrada en escena del grupo de los siete diáconos helenistas (Hch 6,1-7). De este modo comienza la segunda fase del programa evangelizador trazado por Jesús en Hch 1,8. Ellos serán los evangelizadores de Judea y Samaria (Hch 8,1; 9,31) y por tanto los testigos de Jesús impulsados por el Espíritu Santo para llevar la Palabra de Dios a aquellas regiones de Palestina.

Esta segunda parte tiene carácter de transición. Desde el punto de vista del avance del Evangelio, trata de describir el camino que va desde Jerusalén hasta Antioquía, ciudad desde donde partirá la misión paulina, que llevará la Buena Noticia hasta Roma. Desde el punto de vista de los personajes, aparecen, junto a los helenistas, Pablo, que protagonizará la tercera parte del libro, y Pedro, más vinculado a la primera.

Literariamente, podemos distinguir cuatro cuadros: la constitución del grupo de los siete y persecución de Esteban, que desencadenará la misión de los helenistas (Hch 6,1-8,3); la misión en Samaría junto con el relato de la conversión de Pablo (Hch 8,4-9,31); un intermedio sobre el encuentro de Pedro con Cornelio (Hch 9,32-11,18); y la misión en Antioquía junto con la desaparición definitiva de Pedro (Hch 11,19-12,25).

Finalmente, en la tercera sección de Hechos (Hch 13,1-28,31) se describe la última etapa del programa misionero. En ella, el testimonio cristiano llega hasta los confines del mundo, representados por la ciudad de Roma, capital del Imperio. El punto de partida es la comunidad de Antioquía, fundada por los misioneros del grupo de los helenistas. Pablo y Bernabé, dos de los responsables de esa comunidad (Hch 13,1-3), serán designados por el Espíritu Santo para comenzar esta nueva etapa evangelizadora en la que progresivamente irá destacando la figura de Pablo.

En esta tercera parte, que ocupa algo más de la mitad del libro, podemos distinguir tres cuadros diferentes que abarcan los tres viajes misioneros de Pablo: la evangelización de Chipre y Asia Menor por obra de Pablo y Bernabé, que es confirmada en la Asamblea de Jerusalén (Hch 13,1-15,35); la evangelización de Grecia (Hch 15,36-21,14); y el camino de Pablo desde Jerusalén hasta Roma (Hch 21,15-28,31).

Con la predicación y la enseñanza de Pablo en Roma se completa el programa misionero diseñado por Jesús en Hch 1,8 y termina el libro de los Hechos. Nada se nos dice sobre la manera en que Pablo acabará sus días, como tampoco se nos informó sobre el destino final de Pedro o el del resto de los apóstoles, a excepción de Santiago. Es evidente que no son los testigos del Evangelio lo que cuenta, sino la Buena Noticia que ha llegado hasta Roma impulsada por la acción del Espíritu Santo. Desde allí se hará oír en el mundo entero.

PARA CONTINUAR LA REFLEXIÓN

- ¿Cuáles son los tres hilos con los que está tejido el texto de los Hechos de los Apóstoles? ¿Qué sabrías decir sobre cada uno de ellos?
- ¿Cuál es la estructura literaria de los Hechos de los Apóstoles? Repásala buscando cada una de las secciones en tu Biblia.

NOTAS

SEGUNDO ENCUENTRO LA COMUNIDAD CRISTIANA



TRABAJO EN GRUPO LA COMUNIDAD CRISTIANA EN EL LIBRO DE LOS HECHOS

El libro de los Hechos de los Apóstoles es un escrito de marcado carácter misionero. Eso significa, entre otras cosas, que está preocupado de las relaciones que los cristianos han de establecer con los que todavía no pertenecen a la comunidad. Pero eso no quiere decir que su autor se desentienda totalmente de las relaciones que deben adoptar los miembros de la comunidad entre sí. De ello se habla de manera muy particular en los "sumarios". A ellos vamos a dedicar esta primera sesión de trabajo en grupo.

Los sumarios son pequeños resúmenes intercalados aquí y allá, sobre todo en la primera parte del libro, en los que con una serie de trazos esquemáticos se describe la vida de la primera comunidad cristiana. Los más detallados se encuentran en Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16. Aparte de ellos, encontramos también una serie de breves indicaciones, normalmente de un solo versículo, en las que se recogen algunos rasgos que caracterizaban el estilo de vida de los primeros seguidores de Jesús: Hch 6,7; 9,31; 12,24; 16,5; 19,20...

Gracias a ellos nos acercaremos al ideal de vida que Lucas presenta a los cristianos para los que escribe su obra. Un ideal que debe seguir estimulándonos hoy.

Desarrollo de la dinámica

El animador explica muy brevemente el trabajo que se ha de realizar, la forma de hacerlo y el tiempo de que dispondrán los grupos:

- Trabajaremos sobre Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16.
- Para facilitar el trabajo nos dividiremos en pequeños grupos.

(Tiempo: 120 minutos)

1^{er} paso: LECTURA DE LOS SUMARIOS

Leer en grupo el texto de estos tres sumarios. Dos o más veces si es necesario. El grupo busca algunas semejanzas y diferencias entre ellos y elabora una lista de los rasgos o características que definen la vida de la primera comunidad de Jerusalén. Esta parte del trabajo debe hacerse sin mirar la ficha de trabajo.

(Tiempo: 30 minutos)

2º paso: COMPLETAR LA FICHA DE TRABAJO

Comparar la lista de características elaboradas por el grupo con la que está recogida en la ficha de trabajo. Localizar luego en los sumarios las expresiones que se refieren a cada uno de los cuatro aspectos que configuran la vida de la primitiva comunidad cristiana. Escribirlos en el lugar correspondiente de la ficha de trabajo.

(Tiempo: 20 minutos)

3^{er} paso: LECTURA DE OTROS TEXTOS

Buscar y leer en grupo otros textos del libro de los Hechos de los Apóstoles que no pertenecen a los sumarios y en los que queda reflejada la vivencia por parte de la comunidad cristiana de cada uno de los cuatro aspectos que configuran su vida. En la ficha de trabajo se citan algunos de ellos.

(Tiempo: 20 minutos)

4º paso: ACTUALIZACIÓN

Actualizar: Cada uno piensa en la comunidad cristiana en la que vive su vida de fe y, junto con los miembros de su grupo, se pregunta: ¿Cómo vivimos hoy el ideal comunitario presentado en los sumarios del libro de los Hechos? Cada uno de los cuatro aspectos analizados, ¿nos resulta fácil, difícil, o simplemente imposible de vivir? Escribir algunas conclusiones en la ficha de trabajo.

(Tiempo: 30 minutos)

5º paso: PUESTA EN COMÚN

Puesta en común en el gran grupo sobre el último paso de la dinámica.

(Tiempo: 20 minutos)

Ficha de trabajo La comunidad cristiana

	Enseñanza y testimonio de los Apóstoles	Comunión fraterna	Fracción del pan	Oración y asistencia al Templo
Sumario nº 1 Hch 2,42-47				
Sumario nº 2 Hch 4,32-35				
Sumario nº 3 Hch 5,12-16				
Otros pasajes de Hch	Hch 2,14-41	Hch 4,36-37	Hch 20,7-12	Hch 4,23-31 Hch 3,1
Actualización				

EXPLICITACIÓN LA COMUNIDAD CRISTIANA

El Espíritu Santo, la misión y la comunidad son tres aspectos que en Hechos aparecen estrechamente relacionados. Podría decirse que están tan íntimamente unidos que cada uno de ellos no puede existir sin los otros dos.

En el capítulo segundo de Hechos se encuentra resumida esta relación. El Espíritu se manifiesta en Pentecostés (Hch 2,1-13) y su acción anima a Pedro a anunciar la Buena Noticia de la muerte y resurrección de Jesús (Hch 2,14-37). Esta predicación mueve a muchos oyentes a acoger la Palabra y unirse al grupo de los discípulos, lo cual hace que se consolide la comunidad cristiana (Hch 2,38-47).

Por tanto, el *Espíritu* impulsa a la *misión* y ésta hace crecer la *comunidad* formada inicialmente, según el relato de Lucas, por un pequeño grupo de discípulos de Jesús (Hch 1,12-14).

Diversos modelos de vida comunitaria

La palabra *comunidad* hace referencia a una vida en común, en la que confluyen estilos de vida diferentes y complementarios, y se comparten objetivos, tareas y responsabilidades en un ambiente de fraternidad.

La comunidad es el espacio y lugar donde los seguidores de Jesús comparten y viven los valores y actitudes que Jesús vivió. Es la expresión visible de la presencia del Espíritu y de Cristo resucitado en el mundo.

No hay un solo modelo de vida comunitaria. A lo largo de la historia, los cristianos han tratado de responder de formas diferentes a la invitación de Jesús.

Mateo nos explica su modelo de vida comunitaria en el llamado Sermón del Monte (Mt 5-8); Lucas lo expone sobre todo en los sumarios del libro de Hechos de los Apóstoles... En el ideal de comunidad que los diferentes escritos del NT nos proponen, se han ido inspirando otras formas de vida comunitaria a lo largo de la historia de la Iglesia.

Hoy queremos reflexionar sobre el estilo de vida de las comunidades lucanas, completando el trabajo que hemos realizado en los grupos. Intentaremos contestar a esta pregunta: ¿cómo vivían, según Lucas, las primeras comunidades cristianas?

Rasgos de las primeras comunidades cristianas

Estudiando los sumarios del libro de los Hechos (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16) hemos descubierto algunos rasgos característicos de las primeras comunidades cristianas. En ellos encontramos el ideal que Lucas quería presentar a sus comunidades y, en cierto modo, el modelo que han de tener presente las comunidades cristianas de todos los tiempos. Según él, su vida giraba en torno a cuatro elementos esenciales que ya hemos descubierto en el trabajo en grupo:

Enseñanza, catequesis, predicación

Un elemento esencial es la enseñanza, la catequesis o la predicación, que llamamos también *didaskalía* (palabra que proviene del griego y que significa 'doctrina, enseñanza').

El contenido básico de dicha enseñanza o catequesis era la muerte y la resurrección de Jesús. Esto era lo que anunciaban en su predicación a los que aún no pertenecían a la comunidad (Hch 2,14s), y también lo que enseñaban con más detalle a los que ya habían entrado a formar parte de ella (Hch 2,42).

La predicación "hacia fuera" iba encaminada a propagar la Buena Noticia según el mandato de Jesús (Hch 1,8), lo que permitía, además, el crecimiento de las primeras comunidades.

La enseñanza "hacia dentro" fortalecía la fe, permitía dar razón de la misma y hacía crecer como grupo. Fundamentalmente se trataba de una instrucción detallada sobre todas aquellas cosas que un discípulo debía conocer: la vida y enseñanzas de Jesús, el modo de comportarse en la vida... En este ámbito de la catequesis se conservaron muchos recuerdos y enseñanzas del Maestro.

Lucas en los sumarios habla de "la enseñanza y el testimonio de los Apóstoles", porque para él es esencial destacar el papel fundamental que los Doce cumplen para la comunidad de Jerusalén. En ellos se simboliza la realidad del nuevo Israel. De todas formas, el verbo *enseñar* está referido en otras partes de la obra al anuncio hecho a los no-creyentes, a "los de fuera".

Comunión fraterna

Un segundo elemento importante es la unión fraterna o comunión de vida, llamada también *koinonía* (que en griego significa 'participación, unión'). Para Lucas, esta comunión de vida no era sólo una comunión de intenciones o de sentimientos, sino que se manifestaba también, y de forma preferente, en la comunión de los bienes materiales. Para él parece claro que la apertura a Dios, la vivencia de la fe, llevaba consigo una relación de solidaridad y de comunión de bienes.

Por tanto, la unidad en la fe: "el grupo de los creyentes pensaban y sentían los mismo" (Hch 4,32) lleva a compartir incluso los bienes de modo que a nadie le falte lo necesario para vivir: "Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según las necesidades de cada uno" (Hch 2,44-45).

Esta unidad en fraternidad supone unas nuevas relaciones:

- Lleva a compartir bienes, tiempo, sentimientos y hasta los males. Se apunta así al ideal ya expresado en el AT (Dt 15,4).
- No se aceptan las diferencias que nos impone la cultura dominante: no hay blanco ni negro (racismo), ni santo ni pecador (religiosidad), varón y mujer (machismo), ricos y pobres (económico), entre el que es valorado y el marginado (social), entre el que sabe y el analfabeto (cultural).
- Se aspira a que todos tengan un solo corazón y una sola alma. No se trata de que exista uniformidad, sino unidad en la diversidad.

Celebración de la fe

Un tercer elemento es la celebración de la fe o *leiturgia* (palabra que en griego significa 'servicio del culto'). Según el sumario de Hch 2,42 los primeros cristianos se reunían para orar y para la fracción del pan, recordando el ejemplo de Jesús:

- Oración. El evangelio de Lucas nos muestra a Jesús retirándose a orar en los momentos importantes de su vida. Nos lo presenta también, al comienzo de su ministerio, participando en una reunión litúrgica en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,15-16). La oración es un aspecto importante en las comunidades de las que nos habla el libro de los Hechos. Es una de las tareas de los apóstoles (Hch 6,4) juntamente con el ministerio de la Palabra. Orando, la comunidad recuerda y expresa su relación con Dios que ha resucitado a Jesús. Además, desde la oración, la comunidad entiende la prueba y la supera (Hch 4,23-31). En la oración conoce la voluntad del Espíritu para ella (Hch 13,1-3).
- La fracción del pan. Éste era el nombre que daban los primeros cristianos a la Eucaristía. Era un

encuentro fraternal que se hacía "por las casas" y con "alegría y sencillez de corazón". En él se recordaba y actualizaba la última cena de Jesús con sus discípulos. Con este gesto simbólico de partir el pan para repartirlo y pasar la copa, el Señor les había explicado el sentido de su muerte y les había encargado que repitieran ese mismo gesto. En ella hacían memoria de la vida, muerte y resurrección de Jesús, el Señor, y quienes participaban se comprometían a llevar una vida en comunión de fe y solidaridad.

- Bautismo. Era también una celebración muy importante para los primeros cristianos. Tenía lugar después del anuncio de la Buena Noticia (Hch 2,41) y respondía a la invitación con la que concluía el anuncio cristiano: "Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo..." (Hch 2,38).

Estas celebraciones litúrgicas daban a las primeras comunidades cristianas sentido de grupo y les animaban a vivir su fe y el compromiso ético que esta fe llevaba consigo.

Servicio a los pobres

El cuarto elemento clave en esa vida ejemplar es el servicio a los pobres o *diakonía* (que significa en griego *servicio*). Supone que en la comunidad no sólo se predica y se celebra el don de Dios sino que ésta se hace cargo de la vida de los más pequeños, de los más débiles. Este aspecto aparece indirectamente en los sumarios, y de modo más claro en otros pasajes, como en Hch 6,1-6.

Comunidades vivas

Las comunidades que se dejan inundar por el Espíritu y ponen en práctica este estilo de vida de que hablan los sumarios, son comunidades que poseen una gran vitalidad. Esta vitalidad se expresa en su continuo crecimiento, en su dinamismo misionero y también en su organización.

Una comunidad que crece y es perseguida

Una consecuencia de la vitalidad que animaba a estas comunidades era la admiración que despertaban entre el pueblo: "Todos gozaban de gran estima" (Hch 4,33; 2,43; 2,47). Esta gran estima hizo que aquel pequeño grupo creciera rápidamente: "El Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes" (Hch 2,47).

Notemos, sin embargo, algo importante que parece contradecir esta estima de la que hablamos: la primera comunidad era una comunidad perseguida. Perseguida por los dirigentes judíos, por el mundo pagano, por el Imperio romano. El mismo Jesús había anunciado que se avecinaban persecuciones (Lc 17,25) y ahora los discípulos se enfrentaban a ellas. En esta situación, los seguidores de Jesús están llamados a perseverar a pesar de las dificultades y a seguir anunciando la Palabra de Dios con valentía (Hch 4,31). El Espíritu Santo les dará fuerza para ello.

Una comunidad misionera

Las primeras comunidades se entendieron a sí mismas como mensajeras de la salvación manifestada de una vez para siempre en la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazareth. Desde su partida hacia el Padre, es la comunidad cristiana la depositaria de esa salvación, y las personas pueden acceder a ella a través de la opción de fe que se sella en el bautismo. Contra lo que pudiera parecer, el bautismo no es la

garantía de esta salvación, sino el comienzo de una nueva etapa en el camino del encuentro con Dios.

Esta convicción de ser portadora de la salvación de Dios para todos hizo que las comunidades cristianas de la primera hora sintieran la necesidad de comunicar a todos esta buena noticia. Se sentían así llamadas a anunciar el carácter salvífico de la vida, muerte y resurrección de Jesús "hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). De este aspecto misionero hablaremos más adelante.

Una comunidad organizada

Otro signo de la vitalidad de aquellas primeras comunidades fue su capacidad para organizarse y responder mejor a la tarea que el Señor les había encomendado.

Es conocido el papel destacado de los Doce en los comienzos de la comunidad cristiana. Entre ellos, Pedro ocupa un lugar privilegiado: de él se dice que se le apareció en primer lugar el Resucitado (1 Cor 15,5); le vemos en un lugar preferente en el seno de la comunidad: es el portavoz de los apóstoles en Pentecostés (Hch 2,14s), con él se entrevista Pablo en su primera visita a Jerusalén (Gál 1,18), tiene una actuación decisiva en la Asamblea de Jerusalén (Hch 15,7; Gál 2,7-9). Desde el principio destaca también el papel de Santiago, el menor. Aparece asociado a Pedro en su papel de responsable de la primera comunidad de Jerusalén (Gál 1,19. 2,7-9), e incluso es mencionado en primer lugar por Pablo cuando enumera las columnas de la Iglesia primitiva (Gál 2,9). Finalmente, Pablo ocupa un lugar muy importante en la segunda parte del libro (Hch 13-28) como "misionero de los gentiles".

A medida que el Evangelio se encarna en distintos lugares y la comunidad lo va necesitando, surgen en su seno ministerios y servicios diversos. Así la comunidad de Jerusalén, compuesta en su mayoría por cristianos provenientes del judaísmo, se organiza según el modelo

de la sinagoga judía (Hch 11,30), y elige “presbíteros”. El grupo de los helenistas necesita también una pequeña organización para atender a las necesidades de sus miembros (Hch 6,1-6). La comunidad de Antioquía, compuesta en su mayoría por cristianos de origen pagano, se organiza no a partir de presbíteros como en Jerusalén, sino eligiendo “profetas” y “doctores” (Hch 13,1). Y Pablo, según Lucas, organiza las comunidades nombrando en ellas “presbíteros” (Hch 14,23) y “supervisores” (Hch 20,28).

Lo fundamental en esta organización es dar respuesta a todas las necesidades que van surgiendo en la comunidad cristiana, de modo que la vida de dicha comunidad pueda ser expresada, celebrada y anunciada. Y para que esto quede asegurado, se establecen tareas y responsabilidades.

Comunidades plurales

Finalmente señalamos el *carácter plural* de la primera comunidad cristiana. A medida que el Evangelio se fue extendiendo, este carácter plural apareció con más claridad.

Tomemos, por ejemplo, la comunidad de Jerusalén, compuesta por dos grupos de origen y tendencias distintos. Unos eran los “hebreos”. Eran cristianos provenientes del judaísmo de Palestina, educados al estilo judío tradicional. Aún después de su conversión al cristianismo, seguían aferrados a sus tradiciones religiosas, dando una gran importancia a la Ley, al Templo, a la circuncisión. Otros eran los “helenistas”. Eran cristianos provenientes del judaísmo, pero educados fuera de Palestina, en contacto con la lengua y la cultura griegas. Su mentalidad religiosa era abierta y tolerante, y relativizaban la importancia que, para un seguidor de Jesús, podía tener la Ley de Moisés y el templo de Jerusalén. No es extraño que entre estos dos

grupos surgieran tensiones. Un ejemplo de ellas es el conflicto que se desencadenó a propósito de la atención a las viudas de los helenistas (Hch 6,1-6).

Esta pluralidad que fue, a la vez, una riqueza y una fuente de conflictos, también existía entre los responsables de la primera Iglesia. Por ejemplo, Santiago y Pablo pensaban distinto en cuanto a los deberes de los no judíos que se hacían cristianos: Santiago creía que debían guardar la Ley de Moisés y circuncidarse (Hch 15,1). Pablo, lo contrario (Gál 2,1-10). La cuestión se aclara en la Asamblea de Jerusalén, pero las divergencias en este tema se mantuvieron durante un tiempo.

Este pluralismo y apertura de las primeras comunidades, si bien manteniendo lo esencial del Evangelio, posibilitó la independencia del cristianismo de la religión judía y le abrió las puertas de los confines de la tierra. En esta labor de apertura y difusión hacia los no judíos ocupa un lugar muy importante la comunidad de Antioquía.

En resumen, la comunidad cristiana nace gracias a la acción del Espíritu y por medio de la predicación de los apóstoles. Al contarnos los primeros pasos de aquella comunidad, Lucas nos presenta los rasgos ideales de toda comunidad cristiana y nos muestra la vitalidad que posee la Iglesia cuando se deja inundar y guiar por el Espíritu Santo. Pero para que no pensemos que todo entonces fue positivo, nos muestra también los conflictos que surgían y cómo ellos los solucionaron con un diálogo sincero. Aquellos primeros cristianos, como nosotros hoy, se encontraban en camino.

PARA CONTINUAR LA REFLEXIÓN

- Lucas presenta a su comunidad una serie de rasgos que deben caracterizar a toda comunidad cristiana. ¿Podrías enumerarlos?
- Piensa en la comunidad cristiana a la que perteneces. Si la comparas con el ideal comunitario presentado por Lucas: ¿de qué rasgo se encuentra más cerca y de cuál más lejos?

PARA PROFUNDIZAR EL CONTEXTO SOCIAL DEL CRISTIANISMO NACIENTE

El libro de los Hechos de los Apóstoles fue escrito en una situación histórica y social distinta a la nuestra. Las cosas que la gente pensaba entonces, su forma de relacionarse, las instituciones que regían su vida, la situación política, y otros muchos aspectos son muy diferentes a los que hoy rigen nuestra vida. Las cosas no han sido siempre como son ahora, y si queremos entender bien el libro de los Hechos tendremos que hacer un esfuerzo por comprender cómo eran entonces.

La revolución industrial

La diferencia más notable entre el mundo de los primeros cristianos y el nuestro se debe a los cambios que se produjeron en el siglo XVIII y XIX con lo que se ha llamado la "revolución industrial".

Antes de la revolución industrial la vida en las diversas sociedades que rodean el Mar Mediterráneo giraba en torno a la agricultura, la ganadería y la pesca, que

se explotaban de forma artesanal. Más del 80% de la población trabajaba directamente en la producción primaria. Este tipo de sociedades se conocen con el nombre de "sociedades agrarias", porque en ellas la agricultura es fundamental. La industria es casi inexistente o muy rudimentaria y se reduce prácticamente al trabajo de los artesanos. Por lo que se refiere al comercio, las posibilidades son también limitadas, pues estas sociedades carecen de medios eficaces para transportar los productos a grandes distancias.

En las sociedades industrializadas, por el contrario, los medios de producción son tan potentes que sólo es necesario que unos pocos se dediquen a la producción primaria (por ejemplo, la recolección de cereales que necesitaba el trabajo de muchos hombres durante los tres meses de verano la realiza hoy una cosechadora en pocos días). En las sociedades industrializadas la mayor parte de la gente trabaja en la industria y en los servicios, y los medios de comunicación están tan desarrollados que es posible un comercio a gran escala.

Estas diferencias fundamentales en cuanto al modo de producción y a la importancia relativa de la industria y el comercio tienen consecuencias importantes en otros muchos ámbitos de la vida, y son la clave para entender muchas de las diferencias que existen entre el mundo en que vivieron los primeros cristianos y el que nosotros conocemos. Veamos en concreto algunos rasgos característicos de aquella sociedad.

El contexto geográfico y ecológico

En las sociedades agrarias la geografía y la ecología son mucho más determinantes que en las sociedades industrializadas, sencillamente porque el hombre no posee los medios para modificar su entorno.

Consideremos tres aspectos que entonces tenían importancia: el entorno geográfico, las diferencias regionales y las diferencias ecológicas.

El entorno geográfico

El Mediterráneo puede describirse como un gran mar en el que se internan diversas penínsulas. En las costas de este gran lago (los romanos lo llamaban *Mare nostrum*, y también *Mare internum*) se dan sucesivamente tres ambientes: las llanuras costeras, las mesetas y las montañas. Palestina es un buen ejemplo de lo que ocurre en el resto de las costas mediterráneas. Los límites del Mediterráneo como ecosistema son las montañas que lo rodean por todas partes. Al descenderlas encontramos siempre las mesetas; tras ellas, las llanuras costeras y después el mar, que más que una frontera fue siempre un vínculo de unión entre los diversos grupos humanos que poblaban sus riberas.

Ahora bien, estos tres ámbitos físicos eran muy determinantes en el siglo primero. Las zonas montañosas, más aisladas y de más difícil acceso, eran las más pobres y también las más conservadoras. No es extraño que en ellas se encuentren los principales santuarios. Las mesetas eran más accesibles y sus campos eran fértiles. En ellas la gente se dedicaba a la agricultura, y había más ciudades que en las regiones montañosas. Sin embargo, fue en las llanuras costeras donde las sociedades agrarias alcanzaron su máximo esplendor. Aptas para la agricultura y para el comercio, y abiertas a un mayor influjo del exterior, fue en ellas donde se asentaron las grandes ciudades y donde se fraguó el sistema social que regía la vida de aquellos pueblos.

Las diferencias regionales

Es en el marco de esta unidad de todo el Mediterráneo donde deben situarse las diferencias regionales.

En torno a sus costas existen regiones que fueron fraguando sus diferencias a lo largo del tiempo, porque compartían una historia o unas circunstancias comunes. Así, por ejemplo, la región de Judea, junto con Samaría y Galilea habían estado relacionadas históricamente, pero también tenían sus diferencias. Lo mismo ocurría con Grecia o con Egipto.

En la época en que se escribió el NT, el Imperio romano estaba dividido en provincias. Las había de dos tipos: senatoriales e imperiales. Las senatoriales eran aquellas que habían sido constituidas antes de la creación del imperio y su gobierno dependía directamente del Senado. Las imperiales eran las más nuevas, las que habían sido conquistadas por los primeros emperadores, y dependían directamente de ellos. Además estaban los reinos vasallos, vinculados a Roma por un tratado o acuerdo. Palestina, bajo Herodes, era uno de estos reinos vasallos.

Las diferencias ecológicas

La más importante de todas es la que existía entre el campo y la ciudad. En las ciudades vivía sólo el 10% de la población, pero eran ellas las que constituían el esqueleto del imperio. Desde muy antiguo las ciudades habían sido la clave de la organización política (recordemos las ciudades-estado cananeas o griegas, y notemos que el Imperio romano era el imperio de una ciudad: Roma). También eran la base del comercio y el espacio donde se creaba y se difundía la cultura.

La relación entre las ciudades era muy estrecha y frecuente, de modo que éstas fueron un importante instrumento en la unificación cultural. Quienes viajaban en el mundo antiguo encontraban pocas diferencias entre las ciudades de Acaya y las de Siria y Palestina, como demuestran los restos arqueológicos. Las diferencias más importantes de todo tipo eran las que se daban entre los habitantes de las ciudades y del

campo. Las relaciones entre ellos eran generalmente de explotación y con frecuencia generaban tensiones.

Todos estos factores tuvieron gran importancia en la difusión y consolidación del cristianismo de que habla el libro de los Hechos. Notemos tan sólo algunos datos más sobresalientes:

- El lugar que ocupa el mar en los viajes misioneros de Pablo: Hch 13,1-14,27.
- La frecuente mención de las diversas regiones dentro del Imperio: Hch 16,6-10.
- Las comunidades que se mencionan en Hch son urbanas y están situadas en las llanuras costeras: Hch 16,11-18,22.

El sistema político y el de parentesco

Los sociólogos suelen distinguir en las sociedades industrializadas cuatro grandes sistemas: el político, el económico, el religioso y el del parentesco. En la sociedad mediterránea del siglo primero sólo dos de estos sistemas eran verdaderamente importantes: el político y el de parentesco. La economía y la religión estaban integrados en ellos, de modo que no existía un sistema económico y otro religioso independientes, sino una economía doméstica y una economía política y, del mismo modo, una religión doméstica y una religión política.

El sistema político

El sistema político se fundamentaba en las ciudades y en el poder central de los emperadores. De las ciudades ya hemos hablado. Diremos ahora algo acerca del poder de los emperadores.

Dicho poder era un privilegio de la clase social de los gobernantes, que eran asistidos por un nutrido grupo de funcionarios, por el ejército y por el alto cle-

ro. La familia del emperador y las de los gobernadores de las provincias ocupaban el escalón más alto en la desigual pirámide de aquella sociedad. Los funcionarios estaban a su servicio; se ocupaban de la administración de la justicia, y sobre todo de la recaudación de los impuestos, que era la principal fuente de ingresos de la economía política. Gracias a ellos podían realizarse las obras públicas que dieron fama al Imperio romano (acueductos, termas, teatros, foros, etc.). Los soldados, por su parte, servían para mantener el poder de la clase gobernante y para garantizar el orden implantado por ellos.

En las provincias, y sobre todo en los reinos vasallos, se reproducía este esquema social. Pensemos, por ejemplo, en la Palestina herodiana, gobernada por la familia de Herodes el Grande, en su sistema de impuestos, que hizo posibles las grandes construcciones cuyos restos se conservan todavía hoy; o en la importancia de la clase sacerdotal de Jerusalén, etc.

A través de los impuestos, la clase de los gobernantes se apropiaba del excedente producido por los campesinos. La mayor parte de este excedente lo utilizaba en provecho propio, y un pequeño porcentaje lo distribuía entre sus funcionarios.

Una de las muchas consecuencias de esta organización social era las grandes desigualdades sociales que existían. No había entonces una gran clase media, como en las sociedades industrializadas, sino un pequeño grupo de gente que vivía muy bien, y una gran mayoría que se encontraba en los límites de subsistencia. Los campesinos, acosados por el fantasma de las deudas, vivían en constante tensión; y los artesanos y pequeños comerciantes de las ciudades no gozaban de una perspectiva mucho mejor.

El sistema de parentesco

La familia era, sin duda, la institución central de la sociedad mediterránea. Un indicio claro de su impor-

tancla eran las numerosas funciones sociales que entonces desempeñaba. Muchas de las funciones que hoy desempeña el Estado eran entonces patrimonio y responsabilidad de la familia. Funciones como la asistencia a los necesitados, la protección frente a los acosos externos, la atención a los enfermos y ancianos, la educación de los hijos, e incluso la administración de justicia eran patrimonio de la familia. A la familia estaban vinculadas también las tierras y la religión.

Los dos elementos que mejor definen a la familia mediterránea del siglo primero eran la autoridad del paterfamilias (cabeza de familia) y la estructura patrilineal de la misma.

El cabeza de familia tenía autoridad sobre todos los miembros de la casa: la esposa, los hijos, los esclavos y las posesiones. La expresión extrema de esta autoridad era el poder que tenía sobre sus vidas, atemperado casi siempre por la costumbre, y por algunas instituciones como el consejo familiar.

La estructura patrilineal está relacionada con esta autoridad de que gozaba el cabeza de familia. La descendencia se trazaba entonces sólo a través de los varones (lo mismo que ocurre todavía hoy en los países árabes). A la familia pertenecían propiamente sólo los varones. Las mujeres pertenecían a la familia de los varones con los que estaban relacionadas. Así, por ejemplo, una hija soltera pertenecía a la familia de su padre, pero cuando se casaba pasaba a formar parte de la familia de su marido.

La relación más importante dentro de la familia era la que se daba entre el padre y el hijo. El hijo era visto como el continuador de la familia y, en cuanto tal, como heredero del patrimonio y del culto familiar.

La situación de las mujeres entonces estaba determinada por su lugar en la familia y su contribución a la continuidad de la misma. La virginidad y su protección era muy importante, porque garantizaba la pureza de la descendencia. Una mujer comenzaba a tener

un lugar en la familia cuando se convertía en madre de un hijo varón, y sobre todo cuando llegaba a ser la madre de un varón casado. Su influjo abarcaba sobre todo a las mujeres de la casa, pero en algunas ocasiones alcanzaba también a otros ámbitos, incluido el ámbito público, principalmente en las ciudades y entre las clases más acomodadas.

Estos datos pueden ayudarnos a situar en un escenario social adecuado muchos pasajes del libro de los Hechos. Por ejemplo:

- Las referencias a los funcionarios romanos y judíos: Hch 24,1-26,33.
- La importancia de la casa en la expansión del cristianismo: Hch 5,42; 9,11.17; 10,2.6, etc.
- La estrategia misionera de las comunidades lucanas (conversión del cabeza de familia para evitar los conflictos familiares que tanto podían perjudicar a la buena fama de los cristianos en el Imperio): Hch 10-11.

Valores y relaciones sociales

Los valores compartidos por los miembros de un grupo social son muy importantes, porque determinan los comportamientos de sus miembros. Vamos a señalar cuáles eran los valores centrales de aquella cultura y el tipo de relaciones a que daban lugar.

Honor y vergüenza

La clave que da unidad a los elementos distintivos de la cultura mediterránea es, según los antropólogos, la peculiar y omnipresente concepción del honor que poseen las sociedades mediterráneas. El honor puede definirse como la estima que un individuo tiene de su propia valía, más el reconocimiento de esta misma valía por parte de los demás. De los dos elementos que

componen el honor el segundo es, si cabe, más importante que el primero, pues lo que en última instancia determina el honor de una persona es el reconocimiento de los demás. Es el grupo el que dice quién y en qué medida es honorable.

El honor es, pues, un valor eminentemente social, que necesita constantemente del reconocimiento y de la confirmación del grupo. Esta necesidad genera una constante preocupación por la opinión que los demás expresan públicamente sobre el individuo (el "qué dirán"), y en una frecuente evaluación en público sobre el comportamiento o las cualidades de los individuos, que se difunde con mucha rapidez y crea una opinión que influye enormemente sobre las personas (la "fama", el "buen nombre").

La característica más peculiar del honor mediterráneo es su diferenciación sexual. Existe un aspecto masculino del honor y otro femenino; son dos aspectos del mismo honor, que tienen una estrecha relación entre sí y están encarnados en virtudes diversas.

El honor es patrimonio del grupo de parentesco, pero su representante y defensor hacia fuera es el varón. Ésta es la dimensión masculina del honor. La dimensión femenina del honor es la vergüenza, que puede definirse como la preocupación por mantener el honor.

Personalidad diádica

Un aspecto íntimamente relacionado con los valores centrales del honor y de la vergüenza es la percepción que de sí mismos tenían los individuos en la cultura mediterránea. El individuo se entendía a sí mismo como parte de un grupo. Exagerando las cosas, puede decirse que los individuos se veían a sí mismos a través de los ojos y de la opinión de los demás, especialmente de las personas que tenían un cierto ascendiente sobre ellos.

Los antropólogos llaman a esta manera de entenderse el individuo personalidad diádica, porque la

base de dicha percepción es la diada y hace siempre referencia a otro o a otros. Esta concepción de la persona contrasta enormemente con la concepción individualista, que es la tónica en las sociedades industrializadas. En ellas lo que cuenta no es la opinión de los otros, sino las cualidades y logros propios, y la estima que cada uno tiene de sí mismo.

En las culturas en las que la persona se entiende diádicamente la principal fuente de conocimiento de una persona son los grupos a los que pertenece: la familia, el lugar de nacimiento, el oficio que desempeña..., pues estas culturas tienden a desarrollar una serie de estereotipos que facilitan la clasificación de las personas. Cuando alguien quiere conocer a otro, lo primero que pregunta es de qué familia es, o dónde ha nacido, o a qué se dedica, y no qué estudios ha realizado, qué cualidades personales tiene, etc.

Al mismo tiempo, el comportamiento de los individuos está fuertemente determinado por la presión que sobre él ejerce el grupo y las personas "importantes" para él-ella. La opinión de estas personas es decisiva para conocerse a sí mismo, pues uno es tal cosa o tal otra en la medida en que los demás lo reconocen.

Relaciones patrón-cliente

Junto al honor, los antropólogos subrayan la importancia de la gracia dentro de la cultura mediterránea. La gracia puede definirse como la capacidad y la disposición que una persona tiene para hacer algo en favor de otra. En las sociedades agrarias las diferencias de poder e influencia son muy acusadas, y esto hace que este intercambio de favores sea muy importante, hasta el punto de constituir el cemento que mantiene unidos a los diversos estratos de dicha sociedad.

Este tipo de relaciones son abiertas y expansivas. Un favor no puede pagarse sino con otro favor; de modo que si alguien hace un favor a otra persona, la

relación entre ellas queda abierta a la espera de la circunstancia en que quien hizo el favor tenga necesidad de acudir a aquel a quien se lo hizo. El intercambio de favores va tejiendo una red de contactos entre puntos de influencia, que forman en las sociedades mediterráneas un entramado mucho más consistente y duradero que cualquier otra forma de gobierno.

En el Imperio romano había dos tipos de relaciones que seguían estos criterios: una horizontal y otra vertical. La horizontal era la que se daba entre iguales, y se conocía con el nombre de *amicitia*, que no es equivalente a nuestro concepto de amistad. La vertical era la que se daba entre personas pertenecientes a diversos estratos y se conoce con el nombre de *patronazgo* o *clientelismo*, según se considere desde el punto de vista del elemento superior o el inferior.

Las relaciones de patronazgo formaban una tupida red que era el verdadero soporte de la economía, el comercio, la política y, en general, de toda la vida pública en el Imperio romano (y lo es aún, por ejemplo, en la Italia del sur).

Los valores centrales de una cultura determinan los comportamientos de quienes los comparten. Si leemos atentamente el libro de los Hechos, descubriremos detrás de los comportamientos de sus personajes, el influjo de estos valores. Pensemos, por ejemplo, en:

- La preocupación por la buena fama de los cristianos en los discursos en los que Pablo se defiende ante las autoridades romanas: Hch 24,10-30.
- La insistencia en que el grupo de los cristianos crecía y era bien visto por todos, hasta el punto de que muchos sacerdotes se unieron a él: Hch 3,12-16.
- El apoyo que Pablo recibió de diversos patronos y amigos: Hch 16,13-15; 18,1-3.

La religión

Ya hemos dicho que la religión no constituía un sistema independiente en la sociedad mediterránea del siglo primero, sino que existía una religión política y una religión doméstica. Vamos a precisar un poco estas afirmaciones, para ambientar la forma en que los primeros cristianos organizaron sus comunidades, y para imaginar cómo éstas fueron percibidas por los habitantes del Imperio.

La religión pública era la religión oficial. En Roma, los cultos tradicionales, y más tarde el culto al emperador, que se desarrolló sobre todo en las provincias orientales. En realidad no tenía mucha importancia para la mayoría de la gente. En Palestina la religión oficial era la que tenía como centro el templo de Jerusalén, controlada por las familias sacerdotales.

Dentro del ámbito de la religión pública podemos situar los diversos cultos de la ciudad. Eran de distinta naturaleza, y servían para mantener unidos a sus habitantes. A menudo se celebraban banquetes en el templo de los dioses.

Entre el ámbito de lo político y de lo privado hemos de situar los cultos orientales que estaban teniendo mucho éxito en el Imperio. Cultos egipcios y de otras procedencias con sus misterios que prometían la salvación se habían implantado en las ciudades del Imperio, o habían encontrado albergue en algunos grupos sociales, como en el caso del culto a Mitra entre los soldados. El culto cristiano debió parecerles a algunos uno más entre estos cultos místéricos de origen oriental.

Otra forma de asociación religiosa, que tuvo mucha fortuna en el Imperio romano, fueron las asociaciones culturales o *collegia*, una especie de cofradías con frecuencia asentadas en una casa pudiente que ejercía sobre el grupo un benevolente patronazgo. Algunas comunidades cristianas adoptaron esta fórmula.

En el ámbito puramente doméstico existían numerosas prácticas religiosas relacionadas con la continuidad de la familia y su ciclo vital: nacimiento, boda, muerte... y también con sus actividades más cotidianas, como la comida. Cada familia tenía su culto, que era diferente al de otras familias. La religión doméstica fue la principal barrera con que se encontró el cristianismo. Mucho después de que el cristianismo fuera reconocido como religión oficial del Imperio, la religión doméstica seguía practicándose en muchas casas romanas.

Finalmente, hemos de mencionar otras manifestaciones religiosas que tenían una gran importancia en todos los estratos de la sociedad, aunque de hecho no gozaban de la aprobación social de las anteriores. Se trata de la magia, la astrología, la necromancia y otra serie de prácticas que tuvieron gran fortuna incluso entre los mismos emperadores. El cristianismo fue acusado de fomentar estas prácticas.

En el libro de los Hechos encontramos restos de la mayoría de estas expresiones religiosas:

- Religión oficial greco-romana: Hch 14,8-14, donde los habitantes de Listra confunden a Pablo y a Bernabé con Zeus y Hermes.
- Religión oficial israelita: Hch 3-5.
- Religión de la ciudad: Hch 19,21-40, donde se cuentan las dificultades que tuvo Pablo con el culto de la diosa Artemisa en Éfeso.
- Magia: Hch 8,9-25 y 13,4-12.

PARA CONTINUAR LA REFLEXIÓN

- Las páginas precedentes pueden trabajarse personalmente o en grupo. He aquí una propuesta para esta segunda fórmula:
- Leer todos juntos la introducción y el primer apartado.
- El grupo se divide en cuatro subgrupos, y cada uno de ellos se ocupa de estudiar uno de los siguientes puntos, contrastando la exposición con las citas que se ofrecen al final de cada uno de ellos.
- Se tiene una puesta en común en la que cada grupo informa a los demás de lo que ha descubierto en el estudio, mostrando sobre todo cómo estos conocimientos ayudan a leer los pasajes citados.

NOTAS

TERCER ENCUENTRO LA MISIÓN CRISTIANA



TRABAJO EN GRUPO LOS TESTIGOS DEL EVANGELIO

El Espíritu capacitó a los primeros cristianos para llevar a cabo la misión encomendada por el Resucitado. Su tarea fue ofrecer a todos los hombres y mujeres la salvación traída por Jesús. Desde el comienzo eran conscientes de que la salvación que presentaban y la Palabra que proclamaban no les pertenecía. Sabían que eran solamente testigos, instrumentos en manos del Espíritu que no podían dejar de proclamar lo que habían visto y oído.

En esta sesión de trabajo en grupo vamos a fijarnos en algunos de estos testigos del Evangelio que nos presenta el libro de los Hechos, observando cómo en su actuación se dejaron guiar siempre por el Espíritu Santo.

Desarrollo de la dinámica

El animador explica el trabajo que se ha de realizar y divide al grupo en subgrupos más pequeños.

(Tiempo: 120 minutos)

1^{er} paso: PRINCIPALES TESTIGOS DE HECHOS

En primer lugar se leen en común algunos pasajes en los que se habla de estos personajes (dos a cada grupo). Los participantes, con la ayuda de la ficha de trabajo, contestan a las siguientes preguntas:

- ¿Cuál es la situación social, la procedencia y el oficio de los que se dedicaron al anuncio del Evangelio?
- ¿Cómo llegan a convertirse en ministros del Evangelio?
- ¿Cómo desempeñan su ministerio en la misma?

El equipo señala dos rasgos característicos de estos ministros, rellena la ficha que se encuentra al final de esta sección y, a partir de ella empieza a elaborar un mural para luego presentárselo a los demás miembros del grupo.

(Tiempo: 45 minutos)

2º paso: ACTUALIZACIÓN

En un segundo momento el grupo busca algunos testigos del Evangelio en nuestros días:

- Durante unos minutos hacemos un listado de personas, grupos y obras que hoy nos recuerdan la vida de los testigos del primer siglo de la Iglesia.
- Elegimos a aquellos que más se parezcan a los que hemos visto en los Hechos de los Apóstoles, y buscamos una característica común que los defina.
- Escribimos el nombre de ese testigo, junto con su característica, en la ficha de trabajo y en la cartulina.

(Tiempo: 45 minutos)

3^{er} paso: PUESTA EN COMÚN

Cada grupo se presenta con el mural de sus testigos en la mano. El portavoz del equipo comenta lo que han descubierto juntos acerca de la misión de los testigos del Evangelio.

(Tiempo: 30 minutos)

Ficha de trabajo

Los testigos del Evangelio

Personaje y referencias	Condición social, familia, origen, trabajo	Cómo llegan a ser ministros del Evangelio	Cómo desempeñan su ministerio
Ananías Hch 9,10-19; 22,12-16			
Apolo Hch 18,24-19,1			
Bernabé Hch 4,36-37 11,22-26; 13,1-5; 14,1-7; 15,1-4; 15,35-41			
Esteban Hch 6,1-15; 7,54-8,2			
Felipe Hch 6,1-6; 8,4-8; 8,26-40; 21,8-9			
Pedro Hch 1,12-14; 2,7; 3,1-8; 4,13; 10,23-28			
Priscila y Aquila Hch 18,1-3; 18,18; 18,24-26; 1 Cor 16,19; Rom 16,3			
Tabita y Lidia Hch 9,36-42; 16,11-15.40			

EXPLICITACIÓN

LA MISIÓN CRISTIANA

Al leer el capítulo segundo del libro de los Hechos descubrimos que el primer efecto de la venida del Espíritu en Pentecostés (Hch 2,1-13) es la predicación del Evangelio, que tiene como resultado una masiva conversión de quienes lo escuchan (Hch 2,37-41). Con la irrupción del ES y esta primera predicación en Jerusalén, comienzan a cumplirse las palabras de Jesús, que recogen el avance de la Buena Noticia y proponen el trazado mismo del libro de los Hechos: "Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). Según estas palabras, el Espíritu es quien impulsará a los discípulos a dar testimonio de Jesús. Y esto es precisamente lo que descubrimos leyendo el libro de los Hechos: que quienes anuncian el Evangelio están llenos del Espíritu Santo, hasta el punto de que el verdadero protagonista de la misión es Él y no ellos.

Testigos de la resurrección

La misión que se encomienda a los ministros del Evangelio responde a un mandato del mismo Jesús (Hch 1,8) y consiste en dar testimonio de su resurrección. De este modo, los evangelizadores continúan la tarea iniciada por Jesús (Lc 4,16-30), y proclaman que Dios ha cumplido sus promesas y nos ofrece su salvación. Pero ¿quiénes son los que anuncian la Buena Noticia sobre Jesús? Aparentemente sus seguidores, pero ¿son ellos los dueños del mensaje que proclaman?

En Hch 13,1-3, aparece reunida la comunidad de Antioquía en una celebración litúrgica. En esa oración

comunitaria, se les pide a Pablo y Bernabé que comiencen una nueva actividad misionera. Según Lucas, esta decisión fue, en última instancia, una decisión del Espíritu Santo. Bernabé y Pablo podrían haberse creído protagonistas, porque el Espíritu los elige y la comunidad confía en ellos. Pero no es así. Tampoco los Doce, a quien Jesús resucitado les encarga llevar el Evangelio "hasta los confines de la tierra" se sienten dueños de la misión.

Una primera lectura de Hechos nos hace descubrir la profunda convicción de los primeros cristianos: el verdadero protagonista de la misión es el Espíritu. Él toma en sus manos la responsabilidad directa de llevar a cabo el proyecto señalado por el Resucitado. Esto tiene unas consecuencias muy importantes para los misioneros y para la misión:

- La primera es que los anunciadores son, ante todo, testigos, "servidores de la palabra" (Hch 6,4). Su misión será "dar testimonio del Evangelio" (Hch 20,24), predicar la conversión "en el nombre de Jesucristo" (Hch 2,38). No se anuncian a sí mismos, no son propietarios del mensaje.
- Estos testigos pertenecen a comunidades concretas. No van por libre. Son enviados a la misión por una comunidad y a ella vuelven a dar testimonio de lo que Dios hace por medio de ellos (Hch 13,1-3; 14,26-28).
- La tercera es que los testigos se describen como personas llenas del Espíritu. Por ejemplo, en el caso de Esteban, se dice que "era hombre lleno de fe y del Espíritu Santo" (Hch 6,5). Con expresiones similares a ésta, Lucas indica que el verdadero protagonista de la misión es el Espíritu, que actúa en ellos.
- Una última consecuencia es que la palabra que anuncian es Palabra del Espíritu y no está sujeta a los caprichos del apóstol, ni a los vaivenes de la comunidad. No pueden apropiársela, ni monopoli-

zarla, porque es Buena Noticia dirigida al mundo entero. Como Palabra del Espíritu, nada podrá hacerla callar: ni las persecuciones ni la desaparición de los testigos. La Palabra permanece por encima de las dificultades y de los mismos testigos.

Lucas insiste en este protagonismo del mensaje que avanza impulsado por el Espíritu Santo de dos modos:

- Explícitamente: a pesar de la persecución del Sanedrín, Pedro y Juan exclaman: "¿Os parece justo delante de Dios que os obedezcamos a vosotros antes que a Él? Por nuestra parte, no podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído" (Hch 4,19-20). La Palabra de Dios, de la que Pedro y Juan son testigos, debe ser anunciada a pesar de las dificultades.
- Implícitamente: en Hechos no seguimos la vida de los apóstoles, sino la difusión, a través de ellos, de la Buena Noticia. Felipe (Hch 8,40), Pedro (Hch 11,17) y Bernabé (Hch 15,39) desaparecen de la escena pero el relato no se detiene, y cuando el testimonio sobre Jesús llega a Roma a través de él, el libro se termina sin que Lucas tenga ningún interés en contarnos qué es lo que fue de Pablo (Hch 28,30-31). Todo esto indica que los verdaderos protagonistas de la misión no son ellos, sino el Espíritu.

Resumiendo, los apóstoles y demás ministros del Evangelio son, ante todo, testigos (Hch 1,8; 2,32; 3,15; 5,32, etc.). No dicen su propia palabra, sino que en todo momento dan testimonio de la resurrección de Jesús, proclamando aquello que han visto y oído, y aquello que el Espíritu les mueve a decir; son conscientes de que la Palabra de Salvación que anuncian no les pertenece. Guiados por el Espíritu Santo, trabajan para que esta Palabra, que es Palabra del Espíritu, se difunda "hasta los confines de la tierra".

Hay un pasaje del libro de los Hechos en el que aparecen descritos los principales rasgos que deben caracterizar a los testigos del Evangelio. Es un pasaje muy emotivo, en el que Pablo se despide de los presbíteros de la comunidad de Éfeso, que él mismo había fundado (Hch 20,17-35). El autor del libro de los Hechos pone en boca de Pablo un discurso en el que, describiendo su propio ministerio, muestra cuáles han de ser las cualidades de los que, como él, han sido llamados a dar testimonio de la resurrección de Jesús:

- La misión de Pablo ha consistido en “dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios”, en “anunciar el reino de Dios” y “todo el designio de Dios”.
- Su ministerio ha sido un servicio humilde y fiel, comprometido y sacrificado a pesar de las pruebas y dificultades. Su enseñanza ha sido tenaz y constante y no ha desaprovechado las ocasiones ni los medios que se le presentaban para anunciar la Buena Noticia.
- Los destinatarios han sido todas las gentes, tanto judíos como griegos, “para que se convirtieran a Dios y creyeran en Jesús, nuestro Señor”.
- La vocación, entendida como un servicio “recibido de Jesús” ha sido para Pablo de enorme valía. Tanto que, para ser coherente con ella, no ha ahorrado esfuerzos, y ni siquiera la propia vida le ha parecido más estimable.
- Este servicio es gratuito, no ha sacado Pablo partido económico a su tarea evangelizadora: “A nadie he pedido plata, oro o vestidos”, ha preferido vivir de su propio trabajo. Haciendo esto, ha procurado siempre “socorrer a los débiles”, poniendo en práctica las palabras de Jesús: “Hay más alegría en dar que en recibir”.
- Porque la tarea evangelizadora no es propiedad de Pablo, éste pasa el relevo de la misión a los “pastores” de la iglesia de Éfeso. Éstos deben cuidar de la “Iglesia de Dios”, estar atentos a los peligros y

amenazas que vendrán tanto de dentro como de fuera de la comunidad en la tarea de anunciar la Buena Noticia.

- Pablo, testigo ejemplar del Evangelio, ora con los suyos: “...se puso de rodillas y oró con todos ellos” (Hch 20,36) y por los suyos: “Ahora os encomiendo a Dios y a su mensaje de gracia, que tiene fuerza para que crezcáis en la fe y para haceros partícipes de la herencia reservada a los consagrados” (Hch 20,32).

El anuncio de la Buena Noticia

Ya hemos señalado que el contenido del anuncio cristiano es fundamentalmente la Buena Noticia sobre Jesús, que los primeros cristianos anuncian sabiéndose testigos y no propietarios. Nos preguntamos ahora: ¿cómo anunciaban el Evangelio estos primeros misioneros? Y leyendo el libro de los Hechos descubrimos que no lo hacían sólo con palabras, sino también con hechos.

Anuncio con palabras

Los primeros cristianos se sintieron en seguida pregoneros de una Buena Noticia: el acontecimiento salvador ocurrido en Jesús de Nazareth. Comenzaron predicando la muerte y la resurrección de Jesús (1 Cor 15,3-5). Pero pronto fueron ampliándolo, como veremos en la sesión siguiente.

La predicación de este mensaje constituye la principal tarea de los apóstoles. Cuando los helenistas se quejaron de que sus viudas no eran bien atendidas, los apóstoles decidieron nombrar a algunos que se dedicaran a esta tarea, de modo que ellos pudieran dedicarse a la oración y al ministerio de la Palabra (Hch 6,2-4).

Para los primeros cristianos “hablar y enseñar en el nombre del Señor Jesús” suponía obedecer un mandato de Dios, que no podían desatender aunque este anuncio encontrara grandes dificultades. Así lo expresan Pedro y Juan ante el Sanedrín: “¿Os parece justo delante de Dios que os obedezcamos a vosotros antes que a Él? Por otra parte, no podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,19-20). Esta proclamación la llevaban adelante con la valentía que infundía el Espíritu Santo (Hch 2,29; 4,13.29.31; 9,28; 13,46) a los que daban testimonio de Jesús. El objetivo de la proclamación mediante la palabra y los signos era provocar la conversión de los oyentes para hacerlos pasar, por el bautismo, a formar parte de la comunidad cristiana, a integrar el grupo de los salvados.

Anuncio con signos

La proclamación del mensaje, cuando sólo se hace de palabra, no es completa. La Buena Noticia de Jesucristo es una Palabra de vida, y por eso ha de ir siempre acompañada de gestos concretos de vida, de liberación, de salvación: los apóstoles curan al paralítico sentado junto a la puerta del templo (Hch 3,1-11); resucitan a Tabita, la discípula de Jafa (Hch 9,36-43); son liberados de las cadenas y de la cárcel (Hch 12,1-11)...

Estas manifestaciones salvíficas continúan la acción salvadora iniciada por el mismo Jesús: Él es la Buena Noticia que produce la liberación y la salvación. Así aparece en Lc 4,14-21, cuando Jesús proclamó en la sinagoga de Nazareth, a partir de un texto del profeta Isaías, que su misión era, ante todo, un servicio en favor de la vida. Los enviados de Jesús, los primeros misioneros cristianos, no pueden sino repetir los gestos liberadores del Maestro porque, dotados de su mismo Espíritu, poseen también su misma autoridad. Estos misioneros son conscientes de que la salvación que ofrecen la han recibido: “Nadie más que Él puede

salvaros, pues sólo a través de Él nos concede Dios a los hombres la salvación sobre la tierra” (Hch 4,12). Saben, además, que los prodigios no los hacen por cuenta propia: “¿Por qué nos miráis como si nosotros lo hubiéramos hecho andar por nuestro propio poder o virtud? El Dios de nuestros antepasados... ha manifestado la gloria de su siervo Jesús...” (Hch 3,12).

Así, en nombre de Jesús y como Él, curan paralíticos (Lc 5,17-26 = Hch 3,11; 9,32-35); resucitan muertos (Lc 8,49-56 = Hch 9,36-43); recordando la actividad del Maestro ponen enfermos al paso de Pedro para que su sombra los cure (Mc 6,56 = Hch 5,15)...

Todos estos signos tienen unas características comunes:

- Se realizan no por la fuerza de los apóstoles, sino en nombre de Jesucristo y por su poder. Así, por ejemplo, el discurso de Pedro tras la curación del paralítico (Hch 3,12-26) no está centrado en el signo realizado, sino en la resurrección de Jesús, clave para entender lo que ha ocurrido con el paralítico.
- Los signos muestran que la salvación es una realidad concreta que cambia y libera al ser humano en su totalidad. Señalan una realidad nueva entre nosotros. Los signos evidencian que Dios está con nosotros.
- Tanto los signos como las palabras de los discípulos cosechan estima y admiración entre la gente (Hch 5,13-14; 3,11). Lo mismo le ocurría a Jesús.

Resumiendo, los apóstoles anuncian la Buena Noticia sobre Jesús, un mensaje de salvación que alcanza verdaderamente la salvación y la vida. Este mensaje va acompañado de signos que hacen creíble y eficaz la Palabra salvadora.

El Evangelio es para todos

Otro aspecto importante de la misión cristiana se descubre cuando nos fijamos en quiénes fueron los destinatarios de la Buena Noticia anunciada por los apóstoles y demás testigos del Evangelio. La primera misión cristiana descrita en el libro de los Hechos es una misión de horizontes abiertos, en la que el Espíritu rompe todas las barreras para que la salvación de Dios llegue a todos.

Hasta los confines del mundo

En Lc 4,14-21, donde se resume el programa evangelizador de Jesús y de sus discípulos, el autor del evangelio deja claro que el anuncio de la Buena Noticia de Jesús se dirige, ante todo, a los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos. Es decir, los más desfavorecidos socialmente. Y así fue durante su ministerio. Entre los marginados de la sociedad de aquel tiempo se cuentan también los extranjeros y los paganos, excluidos por motivos religiosos.

Según Mt y Mc, Jesús los acepta (Mc 7,24-30), come con ellos (Mc 8,1-10) y es confesado por ellos como Hijo de Dios (Mc 15,39). Una vez resucitado, envía a sus seguidores a hacer discípulos por todo el mundo sin distinción (Mt 28,18-20). Sin embargo, en la obra de Lucas (Lc-Hch) el anuncio del Evangelio a los paganos es un rasgo del tiempo de la Iglesia. Durante su ministerio, Jesús nunca actúa en territorio pagano y sólo después de la resurrección cita el envío de los discípulos a los gentiles, dando a entender así el lento proceso por el que pasaron sus seguidores hasta descubrir la misión universal.

El programa que Jesús resucitado presenta a sus discípulos antes de la Ascensión (Hch 1,8), señala también este proceso: desde Jerusalén, centro del mundo judío, el Evangelio se va abriendo paso “hasta

los confines de la tierra”, hasta Roma, centro del mundo pagano, corazón del Imperio romano.

A judíos y paganos

A los primeros cristianos les costó entender que el Evangelio estaba abierto a todo el mundo. Sus raíces judías (todos los apóstoles y seguidores inmediatos de Jesús eran judíos) les hacían pensar que la salvación de Dios debía dirigirse, en primer lugar, al pueblo escogido. Después, a la luz de Israel, el resto del mundo accedería a ella (Is 2,1-5). Por esto los primeros cristianos anunciaban primero el Evangelio a los judíos, y sólo después, impulsados por el Espíritu, comenzaron a predicar también a los paganos (lee, por ejemplo, Hch 10,1-11,19).

A pesar de todo, la apertura del Evangelio a los no judíos no fue sencilla. El choque de mentalidades entre judíos y gentiles fue especialmente fuerte en dos puntos, según aparece en el libro de Hechos: las comidas y la circuncisión.

a) Las comidas

Para un judío, comer con un no judío suponía vencer dos problemas:

- El problema de sentarse a la mesa con una persona impura. Si comer con alguien implicaba para un israelita comunión de vida y comunión a los ojos de Dios, el judío se preguntaba: ¿qué hacer?, ¿hay que guardar estas exigencias de la Ley de Moisés o proclamar en las comidas la fraternidad del Reino que predicaba Jesús con el riesgo de quedar impuro?
- El de los alimentos impuros: había alimentos que estaban prohibidos por la religión israelita y que podían ofrecerse en una mesa de no judíos. ¿Había que comer o abstenerse?

La pregunta que, en cualquiera de los casos, se planteaba a un judío era la siguiente: ¿cómo acoger a

los paganos en el grupo de Jesús e integrarlos en la comunión que los creyentes, independientemente de su origen, vivían entre sí y con Dios?

b) La circuncisión

Los judíos se sentían identificados con esta costumbre religiosa que expresaba la pertenencia al pueblo elegido. Una corriente estricta dentro de la primera Iglesia defendía que los paganos, al convertirse al cristianismo, se circuncidarán. Otros no lo creían necesario.

¿Cómo resuelve Lucas en su obra este y otros problemas que se presentan en las primeras comunidades cristianas? Desde una convicción profunda que, sin duda, sería la de los primeros cristianos: hay que escuchar y dejar actuar al Espíritu. Él es quien hace entender a Pedro que el Evangelio está abierto a todos y que no hay personas ni alimentos puros e impuros (Hch 11,1-18). Es también el Espíritu quien, en la Asamblea de Jerusalén decide “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponer otras cargas más que las indispensables” (Hch 15,28), porque “nos salvamos por la gracia del Señor Jesús, y ellos (los paganos), exactamente igual” (Hch 15,11). En todos estos casos, quien hace posible la apertura a los paganos es el Espíritu, que guía a Pedro hasta la casa de Cornelio e inspira la decisión de no imponer más cargas a los paganos.

A hombres y mujeres

Para terminar, señalamos sólo un aspecto que las comunidades cristianas fueron descubriendo poco a poco: la convicción de que el Evangelio es la Buena Noticia abierta, sin distinción, a hombres y mujeres. Esto significa fundamentalmente dos cosas:

– Hombres y mujeres podían formar parte integrante de la comunidad cristiana. Esto supuso un cambio dentro de la familia patriarcal judía, en la que la mujer era la eterna menor de edad, siempre

dependiendo del cabeza de familia varón. Supuso también una novedad con respecto a las prácticas del judaísmo fariseo, a cuya enseñanza sólo podían acceder los varones.

– La mujer podía tomar parte en la tarea misionera como protagonista. En Hechos aparecen algunas mujeres líderes, cuyos nombres se han conservado, como el matrimonio formado por Priscila y Aquila (Hch 18,1-28). Aparecen también otras mujeres como las cuatro hijas de Felipe, Tabita... De entre ellas destacamos a Lidia, mujer, gentil, de buen nivel económico, que abrió su casa para que en ella se reunieran los cristianos (Hch 16,11-15). Es un ejemplo de las denominadas “iglesias domésticas” que tanta importancia tuvieron para el crecimiento y estructuración inicial del cristianismo. Lidia es la primera de una serie de mujeres que, además de estar al frente de una “iglesia doméstica”, ponen sus bienes a disposición de la misión y apoyan a Pablo cuando se mueve de ciudad en ciudad.

Los espacios de la evangelización

Los primeros cristianos difunden la Buena Noticia de Jesús muerto y resucitado allí donde su mensaje podía ser escuchado: en la calle (Hch 2,14), a la puerta del templo (Hch 3,11), en el camino hacia otros lugares (Hch 8,27), en la plaza pública (Hch 17,17), junto al río (Hch 16,13), aprovechando incluso circunstancias adversas como la prisión (Hch 4,8; 16,23; 21,40). Es decir, por todas partes (Hch 8,4).

Ahora bien, la principal plataforma de evangelización de las primeras comunidades cristianas, sobre todo las lucanas, fue la casa. Tanta importancia tuvieron para la organización de la Iglesia en sus comien-

zos, que a las primeras comunidades se las ha denominado iglesias domésticas.

La importancia de las casas en el evangelio de Lucas y en el libro de los Hechos es tan grande que en la labor evangelizadora llegaron a desplazar al templo y a la sinagoga. En ellas se proclamaba el Evangelio (Lc 1,39-56; Hch 10,1-48), tenía lugar el perdón de los pecados (Lc 5,17-26), se hacía presente el Espíritu (Lc 1,26-38; Hch 2,1-42) y se enseñaba (Hch 18,11).

Las reuniones por las casas dieron a los primeros cristianos conciencia de su identidad y diferencia frente al judaísmo. Las casas permitían la vida comunitaria, eran plataformas misioneras, lugares de acogida para los predicadores itinerantes, sostén económico del cristianismo naciente.

En ellas se posibilitaban las relaciones interpersonales basadas en la fraternidad, la comunicación de la fe y la participación real de todos los miembros. En su espacio se proclamaba y escuchaba la Palabra, tenía lugar la fracción del pan, se oraba y se compartían los bienes (Hch 1,13; 2,42). En ellas se vivía el ideal del Reino, alejado en muchos aspectos de la mentalidad judía: si en la familia las mujeres y los niños contaban poco o nada, los niños habían sido propuestos como modelo de actitud para recibir el Reino (Lc 18,15-17) y las mujeres habían sido aceptadas como seguidoras (Lc 8,1-3) y evangelizadoras (Hch 9,36; Rom 16,3).

PARA CONTINUAR LA REFLEXIÓN

Para asimilar mejor lo que hemos leído, podemos compartir ahora las reacciones que ha provocado en nosotros este acercamiento a la experiencia misionera de la primera comunidad cristiana.

- ¿Qué te sugiere el hecho de que los mensajeros del Evangelio sean sólo testigos y no dueños de él? ¿No nos sentimos a veces los cristianos dueños del mensaje que predicamos?
- La proclamación de los primeros cristianos iba acompañada de signos que hacían creíble el mensaje. ¿Qué signos acompañan hoy la proclamación del Evangelio?
- Los primeros cristianos, impulsados por el Espíritu, llevaron la Buena Noticia a todo el mundo. ¿A quiénes llega hoy nuestro mensaje? ¿Desde qué plataformas evangelizamos?

PARA PROFUNDIZAR LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

El sentido último de la misión cristiana es anunciar el plan de salvación que Dios tiene sobre la humanidad. Para situar este anuncio y el testimonio cristiano, vamos a detenernos en un tema central de la teología de Lucas, que refleja la comprensión que él y sus comunidades tenían del proyecto de Dios y del misterio de Jesús.

Para entender bien la comprensión que tiene San Lucas de la Historia de la Salvación, hemos de tener en cuenta que el evangelio de Lucas y el libro de los Hechos de los Apóstoles son dos tomos de una misma obra. Desde esta referencia inicial, es necesario ras-

trear en Lucas elementos teológicos que tienen continuidad en Hechos. Una lectura de Hechos que prescindiera del evangelio de Lucas nos daría una visión incompleta.

Vamos a acercarnos al tema de la Historia de la Salvación a través de cuatro pasos sucesivos: 1) la comprensión que Lucas tiene de la salvación; 2) la forma en que esta salvación se manifiesta progresivamente en la historia; 3) Jesús, en el centro de la historia, es el Salvador; y 4) la Iglesia, constituida en lugar de acceso a la salvación, continúa, con la fuerza del Espíritu, la misión de Jesús.

La salvación en la teología de Lucas

La salvación es la experiencia religiosa de la que más se habla en la Biblia. En el NT el verbo *salvar* aparece 106 veces, y el sustantivo *salvación*, 45. Estas referencias se hallan en todas las tradiciones del Nuevo Testamento, pero es en la obra de Lucas (Lc-Hch), donde la salvación aparece como tema central y como expresión del designio amoroso de Dios en Jesús. Jesús ha venido "a buscar y a salvar lo que estaba perdido" (Lc 19,10).

En el evangelio de Lc aparece el verbo *salvar* en un doble sentido:

- *Salvar* como 'curar de una enfermedad' o 'superar diversas amenazas para la vida' (como 'sanación', en Lc 6,9; curación de un endemoniado, en Lc 8,36). También se propone en el contexto de resurrección, volver a la vida (referido a la hija de Jairo, en Lc 8,50).
- La expresión aparece también con un significado más amplio, que va más allá de la comprensión puramente física (Lc 7,50: "Tu fe te ha salvado").

Ambos sentidos los encontramos también en el libro de los Hechos:

- Como curación de una enfermedad (referido a un paralítico, en Hch 4,9).
- Salvación en ese otro sentido más amplio (Hch 4,12: "Nadie más que Él puede salvarnos, pues sólo a través de Él nos concede Dios a los hombres la salvación sobre la tierra").

Estos dos sentidos nos aproximan a la forma en la que Lucas entiende la salvación. No se trata sólo de una salvación física, sino de una salvación integral, que afecta a todas las dimensiones de la vida, que va a la raíz del mal que aqueja a los hombres y mujeres. Pero si queremos comprender con mayor exactitud la carga de contenido que hay en este tipo de expresiones, es necesario acercarnos al contexto en el que escribe el autor, que viene marcado por dos ámbitos de influencia: el ambiente religioso helenista y la tradición bíblica.

En el mundo helenístico-romano se hablaba mucho de la salvación. La mayoría pensaba que eran los dioses quienes traían la salvación. Ellos eran los dueños del destino de los hombres y podían, por tanto, modificarlo a su antojo. La propaganda oficial proclamaba que la salvación venía del emperador, sobre todo en tiempos de Augusto, que consiguió poner paz en gran parte de su imperio. Para otros, la salvación estaba vinculada al conocimiento, al saber, mediante el cual el hombre podía liberarse del poder de la muerte. Otros muchos, en fin, buscaban la salvación en las religiones místicas, que entendían la salvación como una divinización, que tenía lugar a través de la participación ritual en la muerte y resurrección del dios.

Dentro de la tradición bíblica, que Lucas recibe a través de la versión griega del Antiguo Testamento conocida como de los Setenta (LXX), la salvación se presenta como la acción de Dios en la historia concreta de los hombres. Desde esta perspectiva, Lucas com-

prende la salvación traída por Jesús en continuidad con la acción salvadora del Dios de Israel en el AT, como cumplimiento de lo prometido para los últimos días.

La salvación en la historia

La salvación de Dios se realiza en la historia y tiene un marcado componente de progreso. En la obra de Lucas aparece con claridad que la manifestación de esta salvación responde a un plan de Dios, y que este plan se realiza en diversos momentos de la historia.

El plan de Dios

La salvación que Dios ofrece a los hombres no es fruto del azar, sino que responde a un plan previsto por Dios desde toda la eternidad. Él había ido anunciando este plan a los profetas, y al llegar los tiempos finales ha cumplido su promesa. Por eso, los acontecimientos de la Historia de la Salvación pueden leerse en clave de cumplimiento y de manifestación del designio amoroso del Padre. El vocabulario que encontramos en Lc-Hch corrobora esta comprensión: “se cumpla su voluntad”, “era necesario”,...

Los primeros cristianos empezaron a comprender este plan de Dios en la historia cuando meditaron sobre el sentido de la muerte y resurrección de Jesús. Éste fue el acontecimiento desde el que empezaron a entender el alcance del ministerio de Jesús como cumplimiento de las promesas de Dios. Toda la historia anterior de Dios con su pueblo podía entenderse como preparación y promesa, y todo el tiempo posterior como desarrollo de la plenitud de la salvación manifestada en Jesús. Desde esta convicción Lucas articuló la Historia de la Salvación en tres tiempos: el tiempo anterior a Jesús, el tiempo de Jesús y el tiempo posterior.

Un plan en tres tiempos

El tiempo anterior a Jesús es el tiempo de Israel, el tiempo de Jesús es el centro del tiempo, y el tiempo posterior es el tiempo de la Iglesia. Estos tres periodos, que enmarcan la historia desde la creación hasta la venida última de Cristo, aparecen unidos a través de unos nexos:

- El “evangelio de la infancia” (Lc 1-2) señala el tránsito de Juan Bautista, que para Lucas es el último profeta del AT (Lc 16,16), al ministerio de Jesús.
- La Ascensión del Señor y la efusión del Espíritu Santo (Lc 24,50-53 y Hch 1,1-2,4) hacen de bisagra entre el tiempo de Jesús y el de la Iglesia.

En *el tiempo de Israel* discurre la historia del pueblo de Dios, que tiene como punto final la figura de Juan Bautista. Lucas marca la transición entre Israel y Jesús con la presencia de Juan, cuya infancia corre paralela a la de Jesús en los dos primeros capítulos del Evangelio.

Es significativo el relato del Bautismo, en Lc 3,21-22, pues, a diferencia de Mt y Mc, no se dice que Jesús fuera bautizado por Juan. Así se marca en este momento el final del tiempo del Antiguo Testamento y se inicia el tiempo de Jesús, inundado por la acción del Espíritu.

Con *el tiempo de Jesús* nos situamos en el punto central de la historia, en un momento histórico con una densidad peculiar. Es un tiempo en el que actúa con especial vigor el Espíritu. En este tiempo no tiene cabida Satanás (Lc 4,13: “... el diablo se alejó de él hasta el momento oportuno”), que sólo entrará en acción antes de la pasión de Jesús (Lc 22,3: “Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era uno de los doce”).

Lucas presenta a Jesús, tanto en el evangelio como en el Libro de los Hechos, no mediante conceptos abstractos, sino desde las relaciones con Israel y la Igle-

sia. Pero se trata de relaciones que se mueven entre la ruptura y la continuidad: ruptura ante la avalancha de situaciones nuevas que se viven en el tiempo de Jesús; continuidad desde la acción del mismo Dios y el mismo Espíritu.

El tiempo de la Iglesia es la última de las etapas en el esquema temporal de Lucas. Las primeras comunidades cristianas viven en la esperanza de que el Reino está muy cerca, de que el Señor que acaba de marchar pronto volverá revestido de gloria. Esta expectativa del regreso inminente de Jesús deberá ir actualizándose ante la percepción de que el tiempo pasa y el Señor no viene. Aquella intuición de muchos que “creían que el reino de Dios iba a manifestarse inmediatamente” (Lc 19,11) obliga a Lucas a explicar que aún tienen que suceder muchas cosas en esta etapa de espera. Así, conforme van transcurriendo los días y la venida de Cristo se retrasa, el tiempo de la Iglesia va adquiriendo entidad propia en la mentalidad de Lucas. Este tiempo entre la Ascensión y la venida de Jesús constituye un periodo peculiar con algunos rasgos que lo identifican:

- El don del Espíritu Santo, que tras la efusión en Pentecostés va acompañando a la Iglesia, dirigiendo el avance del Evangelio.
- La predicación de los apóstoles, que continúa la misión de Jesús.
- La apertura del Evangelio a los paganos, ante la obstinación de los judíos y la universalidad del mensaje.
- La persecución contra los discípulos.

Juan anuncia a Jesús, y Jesús anuncia al Espíritu de la promesa (Lc 24,49: “Os voy a enviar el don prometido,...”; Hch 1,4-5: “Aguardad la promesa que os hice de parte del Padre”). Es una etapa que se desarrolla bajo la acción especial del Espíritu Santo, quien va dirigiendo el esfuerzo evangelizador. En este contexto comprendemos que la misión de la Iglesia es poner al hombre en contacto con el acontecimiento de la salva-

ción, una salvación que sigue presente en la nueva etapa de la historia, abierta hasta la venida del Señor.

La salvación prometida

El evangelio de la infancia nos recuerda, ante todo, la promesa de la salvación que Dios había hecho a su pueblo. Como ya hemos dicho, los dos primeros capítulos del evangelio de Lucas son el punto de inflexión entre el tiempo de Israel y el tiempo de Jesús. Es en estos dos capítulos donde Lucas propone los principales temas de su obra, señalando con especial fuerza el de la salvación. Veamos algunos ejemplos:

- Lc 1,47: “Mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador”. La intervención de Jesús al final de los tiempos se está ya realizando. Todo el Magnificat es un canto de gratitud de María y de todo el pueblo de Dios por el cumplimiento de las promesas divinas.
- Lc 2,11: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor”. Él es el enviado de Dios, de la estirpe de David. Con Jesús desaparece el temor y llegan la alegría y la paz que, unidas a la alabanza, brotan en el corazón de aquellos que escuchan la buena noticia del ángel.
- Lc 1,68-75: La acción del Salvador se expresa como liberación frente a los enemigos, según lo prometido, para servir a Dios sin temor, en santidad y justicia.
- Lc 1,76-79: Juan Bautista anunciará la acción del Mesías yendo delante, preparando el camino, y Jesús, el sol que nace de lo alto, realiza la salvación prometida por Dios desde antiguo.

Jesús, el Salvador

El autor de Lc y Hch, es fiel a la tradición recibida, pero, al mismo tiempo, introduce o resalta lo más significativo para su auditorio. Uno de los elementos en los que con mayor claridad insiste Lucas es que "Jesús es Salvador": en su ministerio comienzan a cumplirse las promesas que Dios había hecho a su pueblo en el AT. A través de tres indicios contemplamos esta expresión de Lucas: los títulos que aplica a Jesús, la consideración del tiempo de Jesús como el centro de la historia, y la manifestación de la salvación a lo largo de todo su ministerio.

Los títulos que se aplican a Jesús

Los títulos más frecuentes empleados por Lucas para referirse a Jesús son los de *Mesías, Señor y Profeta*.

El título de *Mesías* aparece referido a Jesús en boca de diversos personajes. Desde el principio, Lc 2,11, el ángel anuncia a los pastores que les ha nacido un Mesías. A lo largo del evangelio, iremos encontrando este mismo título: hombres y demonios lo utilizan para referirse a Jesús, y hasta Él mismo se lo aplica. La resurrección confirma que es realmente el Mesías. Este mesianismo de Jesús habla de Él como descendiente de David, como aquel en quien se cumplen las promesas.

El uso del título de *Señor* resalta la condición divina de Jesús. Su utilización es frecuente en Lucas, no sólo en los diálogos de los distintos personajes (como ocurre en Marcos y Mateo), sino también en el transcurso de la narración.

Jesús es también denominado *Profeta*. Éste es un título característico de Lc. El uso que hace de Is 61,1-2 en Lc 4,16-19 va en esta misma dirección. Igualmente es interesante observar los dos momentos distintos que aparecen en el capítulo 7 del evangelio:

- En Lc 7,16, tras resucitar al hijo de la viuda de Naín, dicen de él los presentes: "Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios ha visitado a su pueblo".

- Unos versículos más adelante, en Lc 7,39, al aceptar la cercanía de la pecadora, el fariseo que le había invitado pensará: "Si éste fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que lo está tocando".

La aplicación del título de profeta tiene un marcado carácter escatológico: Jesús, en la línea del esperado libertador de Israel, es el nuevo Moisés.

Todos estos títulos, sin embargo, encuentran su unidad en la visión de Jesús como Salvador. Para Lucas, éste es el título que mejor describe el ser y la misión de Jesús. En algunos casos Lucas lo señala directamente: "Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador" (Lc 2,11); "Dios lo ha exaltado a su derecha como Príncipe y Salvador" (Hch 5,31); o "Dios, según su promesa, suscitó a Israel un Salvador, Jesús" (Hch 13,23). Pero en muchas otras ocasiones esta convicción se expresa en la forma en que presenta narrativamente a Jesús como centro de la historia, y en la forma en la que se manifiesta en su vida la salvación.

El centro del tiempo

Para Lucas, la historia de Jesús es el punto culminante de la Historia de la Salvación. El misterio de la salvación, que se realiza y se revela en el tiempo, tiene su expresión más significativa en Jesús de Nazaret, quien constituye la máxima intervención de Dios en la historia.

Esta centralidad del tiempo de Jesús produce un desplazamiento de la expectativa del fin inminente a un segundo plano, para afirmar el aquí y el ahora. Mientras que en Mc y Mt se insiste en que el Reino

está cerca, Lc explica cómo es en esos días cuando se están cumpliendo las profecías.

Se produce, por último, una lectura de la historia de Jesús como fundamento de la historia de la Iglesia. El autor mira hacia atrás desde su experiencia eclesial en la búsqueda del punto de partida que explique lo que está viviendo.

La manifestación de la salvación

La salvación de Dios se manifiesta de forma concreta en Jesús, no sólo en el acontecimiento central del misterio pascual, sino también en los diversos momentos de su ministerio.

En Lc 19,10 se expresa el elemento central de su ministerio: "El hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido". A través de infinidad de gestos sencillos, y a la vez trascendentes y novedosos, se manifiesta esta formulación: el acercamiento a los pecadores, a las mujeres, a los extranjeros y desheredados.

En el ministerio de Jesús pueden distinguirse tres etapas, que señalan otros tantos momentos en los que de forma distinta se hace presente la salvación de Dios:

- El ministerio en Galilea. Comienza con el Bautismo, en el que se expresa que Jesús es el Ungido (Lc 3,21-22). Es tiempo de anuncio de la salvación, que ya está aconteciendo en la historia y que tiene un importante componente de transformación. Es tiempo de liberación (Lc 4,18).
- Camino hacia Jerusalén. Comienza también con una la manifestación de Jesús en la transfiguración. En ella se anuncia ya el camino de muerte que expresa y contiene la salvación. A lo largo de este camino los discípulos son invitados a participar de este destino de muerte-resurrección, siguiendo a Jesús y viviendo según sus enseñanzas.

- Ministerio en Jerusalén. Comienza con una nueva manifestación de Jesús, que entra en Jerusalén. Esta tercera etapa está centrada en la muerte de Jesús. En ella se manifiesta el plan de Dios. La resurrección rehabilita toda esta vida, confirmando que la historia es Historia de Salvación.

La Iglesia, lugar de acceso a la salvación

La salvación de Dios, que se manifestó primero en forma de promesa en el tiempo de Israel y que llega a su manifestación plena en el tiempo de Jesús, continúa realizándose en la Iglesia: ella recibe la efusión del Espíritu, que acompaña y guía; en ella, se realiza la continuidad de la misión de Jesús a través de innumerables testigos; en esta Iglesia, los seguidores de Jesús continúan esperando su venida formando comunidad.

Recibiréis el Espíritu

El Espíritu está presente en todos los momentos de la Historia de la Salvación, pero su presencia tiene expresiones distintas en cada una de las etapas de esta historia: en el *tiempo de Israel*, se manifiesta como espíritu profético; en el *tiempo de Jesús*, acompaña su ministerio, desde el bautismo; y en *los últimos tiempos*, Jesús promete a sus discípulos la fuerza del Espíritu, que irá actuando en la historia de la Iglesia según progresa la misión.

La acción del Espíritu es fundamental en este tiempo final: confirma el camino de la Historia de la Salvación y dirige sus pasos, pone en boca de los misioneros la Palabra, abre camino,... Su presencia inunda la Iglesia, manifestando la acción de Jesús resucitado en medio de su pueblo.

Seréis mis testigos

El mandato del Señor de ser sus testigos lo encontramos ya en los primeros versículos del libro de los Hechos. Se trata de un testimonio que, como el de Jesús, debe realizarse mediante palabras y signos (Lc 24,19).

Este mandato se pone en práctica a través de la predicación de los apóstoles. En el tiempo de Jesús, los discípulos irán aprendiendo del Maestro en su vida diaria: están con Él, y por Él son enviados. Así se expresa en Hch 1,21-22, en el momento de elegir al sucesor de Judas entre los que habían acompañado al Señor Jesús desde el Bautismo hasta la Ascensión. Este interés por el testimonio aparece en todos los evangelios, pero Lucas lo resalta especialmente dedicando a ello todo el libro de los Hechos.

La predicación apostólica es evangelización, es decir, anuncio de la Buena Noticia, que se irá expresando en el testimonio y en la enseñanza de los apóstoles. En ambos casos, los gestos y las palabras brotan de la libertad de la fuerza del Espíritu. Por eso, cuando llegan las primeras persecuciones, la difusión del mensaje no se detiene.

El contenido de esta predicación es la Buena Noticia sobre Jesús, que encontramos expresada con especial claridad en los discursos de la primera parte del Libro de los Hechos. Es siempre un mensaje de salvación: se anuncia liberación y vida en abundancia.

En determinado momento, la misión de los apóstoles se abre a los paganos. Esto es común a Mc y Mt, pero Lc subraya que esta misión sólo comienza después de la Pascua. Aunque en un primer momento la Buena Noticia fue dirigida sólo a los judíos, muy pronto, por la acción del Espíritu Santo, el Evangelio se abre también a los gentiles.

La comunidad cristiana

Gracias a la acción del Espíritu va adquiriendo forma la comunidad cristiana. Es muy interesante leer en esta clave el segundo capítulo de Hechos, para ir descubriendo cómo la acción del Espíritu (Hch 2,1-13) mueve a Pedro a anunciar la Buena Noticia (Hch 2,14-37) y provoca la adhesión de quienes escuchan la predicación de Pedro, lo cual hace que muchos entren a formar parte de la comunidad (Hch 2,38-49). Siguiendo el texto de este segundo capítulo de Hechos, y tal como aparece en diversos testimonios del mismo libro, la constitución de las comunidades cristianas tenía tres momentos: se acoge la invitación (Hch 2,37), se produce la conversión y el bautismo (Hch 2,38), y se entra a formar parte de la comunidad de discípulos (Hch 2,41-42).

Finalmente, estas comunidades nacidas de la predicación y animadas por la presencia del Espíritu, poseen determinadas señas de identidad:

- La experiencia de las primeras persecuciones, anunciadas por Jesús y cumplidas en este tiempo. En este sentido, la actitud de Lucas consistirá en explicar este hecho, elaborar la defensa cristiana, y exhortar a la paciencia y a la perseverancia.
- El carácter ejemplar de las comunidades, que se advierte con claridad en distintos sumarios del libro de los Hechos.
- La comprensión de la comunidad cristiana como el lugar en el que se accede a la salvación manifestada en Jesús, de la cual, la Iglesia es depositaria.
- La esencia misionera de una Iglesia en la que sus miembros, habiendo recibido del Maestro el mandato de ser sus testigos, van por todo el mundo, movidos por el Espíritu, anunciando la Buena Noticia de Jesús.

PARA CONTINUAR LA REFLEXIÓN

- ¿Qué rasgos de la salvación de Jesús son más relevantes para los hombres y mujeres de hoy? Dicho de otra forma: ¿de qué necesitamos ser salvados hoy? ¿podemos encontrar esta salvación en Jesús?
- ¿Qué elementos descubres en nuestras comunidades que permiten afirmar que la Iglesia continúa siendo portadora de salvación?

NOTAS

CUARTO ENCUENTRO EL ANUNCIO CRISTIANO



TRABAJO EN GRUPO EL ANUNCIO CRISTIANO EN HECHOS

El mandato de Jesús, expresado en Hch 1,8 (“seréis mis testigos... hasta los confines del mundo”), constituye el punto de partida de la misión de la Iglesia. Con la fuerza del Espíritu, los cristianos anuncian, mediante palabras y signos, la Buena Noticia de Jesús.

El contenido de esta predicación cristiana lo encontramos resumido en los discursos del libro de los Hechos. Por ello, para conocer qué es lo que los primeros cristianos anunciaban, vamos a comenzar exami-

nando estos discursos. Se trata de elementos importantes en la estructura literaria del libro de los Hechos. Pronunciados por Pedro, Pablo,..., en diversos lugares y circunstancias, y ante distintos auditorios, son síntesis bien estructuradas del mensaje cristiano.

Vamos a intentar descubrir el esquema común de tres de estos discursos, que Lucas ha puesto en boca de Pedro, para averiguar cuál es el centro del anuncio cristiano.

Desarrollo de la dinámica

El animador explica brevemente la tarea que habrá que realizar:

- Lectura de tres discursos de los Hechos de los Apóstoles, acompañada de algunas claves y una ficha de trabajo.
- El grupo se divide en dos o más subgrupos para trabajar más cómodamente. Si no se dispone de mucho tiempo, pueden hacerse tres grupos y dedicarse cada uno de ellos a estudiar uno de los discursos, en lugar de estudiar todos los tres.

(Tiempo: 120 minutos)

1º paso: ESTUDIO DE LOS DISCURSOS

1. Leer en común los textos que se proponen:

Hch 2,14-39.

Hch 3,12-26.

Hch 10,34-47.

Es importante situar bien los discursos en el contexto en el que se pronuncian, para comprender su situación, a quiénes se dirige... Con este fin, es nece-

sario leer también los versículos anteriores y posteriores de los que se indican.

2. Nos fijamos en los elementos que aparecen repetidamente en el esquema de los discursos:

- Ha llegado el tiempo de la plenitud, tal como Dios lo había anunciado por boca de los profetas.
- El tiempo del Mesías tiene lugar en el ministerio, muerte y resurrección de Jesús.
- Jesús es exaltado junto al Padre, como cabeza mesiánica del nuevo Israel.
- Tras la Ascensión, el Espíritu Santo es signo del poder y de la gloria de Jesús presentes en la Iglesia.
- Ésta era mesiánica, iniciada en Jesús y continuada en la Iglesia, alcanzará su consumación con la venida de Cristo.
- Invitación a la conversión y oferta de perdón.

3. Rellenar las tres columnas de la ficha de trabajo, indicando los versículos en los que se encuentran las referencias y anotando las expresiones más significativas del punto de estudio.

(Tiempo: 50 minutos)

2º paso: ACTUALIZACIÓN

Hemos observado cuál es el núcleo del anuncio del Evangelio anunciado por los primeros cristianos, a través del testimonio que recogemos en los discursos de Hechos. Vamos a avanzar hacia nuestros días, nuestras vidas, con el fin de evaluar en qué medida hacemos realidad el mandato de Jesús. Después de un breve tiempo de reflexión, intentamos dar respuesta a las siguientes cuestiones:

- ¿Qué anuncio? ¿Qué mensaje transmitimos los cristianos con nuestra palabra y nuestra vida?

- ¿Somos testigos de la Buena Noticia de Jesús?
 - ¿Dónde damos testimonio?
 - ¿A quiénes dirigimos nuestro "discurso"?
- (Tiempo: 40 minutos)

3^{er} paso: PUESTA EN COMÚN

- En el grupo grande, hacemos la exposición de la reflexión que hemos hecho en el paso anterior. Cada grupo presenta su trabajo sobre la actualización.
 - A nivel personal, podemos compartir, también en el gran grupo, qué hemos aprendido, qué ha significado para cada uno el trabajo realizado, qué es lo que más poderosamente ha llamado nuestra atención...
- (Tiempo: 30 minutos)

Ficha de trabajo El anuncio cristiano

	Hch 2,14-39	Hch 3,12-26	Hch 10,34-47
Plenitud. Lo anunciaron los profetas			
Ministerio, muerte y resurrección de Jesús			
Jesús exaltado junto al Padre			
El Espíritu Santo, signo de su poder y glo- ria presentes en la Iglesia			
Consumación en la venida de Cristo			
Invitación a la conversión y oferta de perdón			

EXPLICITACIÓN EL ANUNCIO CRISTIANO

El Espíritu impulsó a los primeros cristianos a anunciar la Buena Noticia de Jesucristo. Éstos fueron descubriendo que no podían poner fronteras a esa proclamación porque iba dirigida a todo el mundo, sin

distinción social (libres y esclavos), sin distinción de sexo (hombres y mujeres) y sin límites de religión (judíos y paganos) ni de edad.

Al hablar del “anuncio cristiano” nos referimos a la predicación del Evangelio que desarrollaron los primeros creyentes y que Lucas recoge y sistematiza en los discursos, colocándola en boca de Pedro, de Esteban o de Pablo.

Este anuncio cristiano tuvo siempre como centro a Jesús de Nazareth. Después se fue ampliando por razones teológicas o para defenderse de las hostilidades del mundo judío o pagano que encontraron los primeros cristianos al extender su predicación.

El *kerygma* cristiano

El anuncio cristiano se denomina con una palabra griega: *kerygma*. Esta palabra proviene del verbo griego *kerysso*, que significa ‘anunciar’. En la antigüedad, era usual que el *keryx*, un pregonero, reclamara desde la plaza pública la atención de la gente y lanzara su mensaje. Los primeros cristianos recogieron esta experiencia y adoptaron el sustantivo *kerygma* para designar el contenido de la predicación cristiana. Su proclamación tenía similitudes con el anuncio del pregonero: era oral, y con un contenido que presentar a todo el mundo. Además, se ofrecía desde los lugares públicos, allí donde alguien pudiera escucharlo.

Leyendo el libro de Hechos es fácil recrear el ambiente desde el que se hacía el anuncio. Los misioneros se dirigían primero a las sinagogas judías, donde era habitual pedir a los visitantes que tomaran la palabra (Hch 13,13-15). Ellos aprovechaban la ocasión para exponer el contenido fundamental del mensaje cristiano (Hch 13,16ss).

Pero pronto la Buena Noticia de Jesucristo se anunció también a los no judíos. Inicialmente a los samaritanos (Hch 8,1-8) y luego a los griegos (Hch 16,6-10). Los primeros misioneros se adaptaron de modo admirable a los distintos contextos y mentalidades: el Espíritu les capacitaba para expresar el centro del mensaje de formas diferentes, de modo que todos pudieran comprenderlo. Un ejemplo de esta adaptación del mensaje, sin perder el núcleo central, es el discurso de Pablo en el Areópago de Atenas (Hch 17,22-31).

El contenido del *kerygma*

El acontecimiento de la muerte y la resurrección de Jesús es el contenido fundamental del mensaje cristiano, el contenido básico del *kerygma*. El testimonio más antiguo se encuentra en la Primera Carta a los Corintios. En ella Pablo recuerda a los cristianos de Corinto el Evangelio que él les había anunciado, y se lo resume así: “Yo os transmití lo que a mi vez recibí, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras y que fue sepultado; que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció a Pedro...” (1 Cor 15,3-5). Estas escuetas palabras revelan el contenido nuclear del primer anuncio cristiano: la muerte y la resurrección de Jesús, confirmadas por pruebas de experiencia (“fue enterrado”, “se apareció”) y por el testimonio del AT (“según las Escrituras”).

En el NT encontramos dos ampliaciones de este *kerygma* original. El más antiguo se encuentra en las cartas de Pablo, principalmente Gál, 1 Tes, 1 Cor y Rom. Es el llamado “*kerygma* paulino”. Otro modo de darle cuerpo a ese anuncio primitivo es el que encontramos en los discursos de Hechos de los Apóstoles. Especialmente a partir de los discursos puestos en boca de Pedro, podemos rehacer el *kerygma* que conservó la Iglesia de Jerusalén.

Salvo pequeños detalles, el esquema del anuncio cristiano en los escritos de San Pablo y el que encontramos en el libro de los Hechos coinciden. Vamos a señalar brevemente las afirmaciones fundamentales de ambos:

El kerygma paulino	El kerygma de Hechos
Se han cumplido las profecías y se ha inaugurado la nueva era (Rom 1,1-2)	Ha llegado el tiempo de la plenitud (Hch 2,16; 3,18; 3,24)
por la venida de Cristo	mediante Jesús,
el cual nació del linaje de David (Rom 1,3)	el cual desciende de David (Hch 2,30-31)
	ejerció su ministerio en el país de los judíos (Hch 2,22)
murió, según las Escrituras	murió (Hch 2,23; 3,22; 10,37-40)
para liberarnos de la perversión de este mundo (Gál 3,1; 1,3-4; 1 Cor 15,3; Rom 8,34)	
resucitó al tercer día (1 Cor 15,4-5; Rom 8,34)	resucitó (Hch 2,24-31; 3,15)
está sentado a la diestra de Dios como Hijo y Señor (Rom 1,4; 8,34)	está exaltado a la diestra de Dios (Hch 2,33-36; 3,13; 5,31)
vendrá de nuevo como juez y salvador de los hombres (1 Tes 1,10; Rom 2,16)	ha sido constituido por Dios como juez de vivos y muertos (Hch 10,42)
	está presente en la Iglesia a través del Espíritu (Hch 2,33; 5,32)
	la consumación de la era mesiánica está próxima (Hch 3,21),
	por eso se hace este anuncio de salvación y se invita a todos a la conversión (Hch 2,37-39; 3,19.25-26; 4,12; 5,31; 10,43)

Podemos observar que el anuncio cristiano de Pablo está fundamentalmente centrado en el acontecimiento pascual, mientras que el de Hechos se remonta al ministerio de Jesús y, como consecuencia del anuncio, invita a la conversión. Pero como ya señalamos antes, el núcleo central es el mismo.

El anuncio cristiano, tal como ha quedado recogido en los discursos del libro de los Hechos, puede resumirse en cinco afirmaciones centrales, que ya hemos visto al estudiar los primeros discursos de Hechos:

- Ha llegado el tiempo de la plenitud, según lo que Dios había anunciado por boca de los profetas (Hch 2,16; 3,18.24). De este modo los apóstoles declaran que han llegado los días en que se va a manifestar la salvación de Dios.
- Esta promesa divina se ha cumplido en el ministerio, muerte y resurrección de Jesús. De ellos se hace un breve relato mostrando que todo tuvo lugar según un plan previamente establecido por Dios, insistiendo en la importancia de la muerte y resurrección de Jesús como momento culminante de toda su vida (Hch 2,23-31).
- En virtud de su resurrección, Jesús ha sido exaltado a un lugar privilegiado junto a Dios, como cabeza mesiánica del nuevo Israel (Hch 2,32-36).
- Después de la desaparición de Jesús de nuestra historia, el Espíritu Santo es el signo de su poder y de su presencia en la Iglesia (Hch 2,23).
- Esta época mesiánica inaugurada con la venida de Jesucristo, que continúa en la Iglesia a través de la acción del Espíritu, alcanzará su consumación con la venida de Cristo al final de la historia (Hch 3,21).

Así pues, los primeros cristianos tenían un esquema básico en su predicación, que estaba centrado en el acontecimiento de la muerte y resurrección de Jesús. Este esquema lo encontramos recogido en las cartas de Pablo y en los discursos de Hechos de los Apóstoles.

El *kerygma* y los evangelios

El contenido central del mensaje que los primeros cristianos predicaban era la muerte y resurrección de Jesús, y lo que estos acontecimientos habían revelado acerca de Jesús. Sin embargo, cuando leemos los evangelios nos encontramos con que Jesús no se anunciaba a sí mismo, sino que predicaba la inminente llegada del reinado de Dios. En los evangelios sinópticos se dice, en efecto, que Jesús proclamaba la Buena Noticia del reinado de Dios (Mc 1,14-15 y par). Pero además un estudio detallado de estos mismos evangelios nos revela que el reinado de Dios era el tema central de su predicación.

La comparación de estos dos datos podría dar la impresión de que los primeros cristianos no recogieron fielmente la predicación de Jesús: ¿Por qué los primeros misioneros predicaban a Jesús si Jesús anunciaba el reinado de Dios?

La razón de esta aparente variación en el anuncio es sencilla: Jesús predicaba el reinado de Dios, y los primeros cristianos consideraron que este reinado de Dios había llegado en los acontecimientos de la vida, muerte, resurrección y exaltación de Jesús. Por lo tanto, al predicar a Jesús estaban proclamando lo mismo que Él: el reinado de Dios.

Es la llegada del reinado de Dios en la persona de Jesús lo que los evangelistas narran en su obra. Dicho de otra forma, cada evangelio es un modo, una versión, de la predicación apostólica. Todas ellas tienen como esquema básico el núcleo del *kerygma*: la muerte y la resurrección de Jesús. Marcos así lo presenta en 1,14-15, un sumario de la predicación de Jesús fácilmente comparable con los discursos de Hechos.

Marcos	Hechos
El plazo se ha cumplido	Cumplimiento de la profecía del AT
El reinado de Dios está llegando	Vida, muerte y exaltación de Jesús
Convertios y creed en el Evangelio	Llamada al arrepentimiento y la oferta de perdón

Por tanto, si en Jesús ha llegado el reinado de Dios, predicar el reinado de Dios o predicar a Jesús es la misma cosa. En ambos casos, los primeros cristianos estaban en continuidad y fidelidad con el mensaje que Jesús les mandó proclamar.

Al comparar el mensaje básico de los discursos de Hechos con los evangelios puede que surja otra pregunta: ¿encontramos también este anuncio básico sobre Jesús en el trasfondo de los evangelios?

Ya hemos señalado que los primeros cristianos centraban la proclamación de la Buena Noticia en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, y que poco a poco fueron ampliando este contenido central con ejemplos sacados de la vida de Jesús. Muchos de estos ejemplos también se usaban en la catequesis y en la predicación. De entre ellos los relatos de milagros fueron los más utilizados, porque intentaban provocar una respuesta de fe. De gran importancia junto con los milagros serían, para los primeros predicadores cristianos, las controversias de Jesús con los maestros de su tiempo. Igual que Éste, aquéllos se encontraron con opositores, y las reacciones de Jesús les mostraron un camino para interpretar la Escritura desde un nuevo punto de vista y en consonancia con lo que estaban viviendo. Se tendrían en cuenta también algunos dichos de Jesús y otros recuerdos de su ministerio. Todos estos recuerdos se fueron enriqueciendo con la reflexión que estas mismas comunidades venían haciendo de lo que vivían y celebraban.

Milagros, disputas, dichos y otros recuerdos sobre Jesús tuvieron un gran valor para los primeros cristianos. Eran para ellos perlas preciosas que circulaban entre las comunidades y les ayudaban a fortalecer su fe y a anunciarla. Al comienzo se transmitían oralmente. Llegó un momento en el que los cristianos, que ya conocían el anuncio inicial de la muerte y resurrección de Jesús, sintieron la necesidad de tener un relato escrito y seguido de lo que “Jesús dijo e hizo” (Hch 1,1) como punto de referencia para sus vidas. Marcos hizo el primer ensayo. Insertó cada una de las perlas que circulaban por las comunidades y entre los predicadores en el hilo de un relato, y formó el collar que nosotros conocemos como “evangelio”. Mateo, Lucas y Juan le siguieron. Cada uno dejó impresa su huella personal en las obras, que continuaron sirviendo para la predicación y la reflexión de los creyentes.

En este proceso de formación de los evangelios el *kerygma* cristiano, tal como había ido transmitiéndose en las comunidades, fue de gran importancia. Sirvió de hilo en el que se insertaron las perlas de la tradición oral. Si comparamos el discurso de Pedro ante Cornelio y los suyos (Hch 10,34-43) con el esquema del evangelio de Marcos, que como acabamos de decir fue el primero que se escribió, observaremos que el esquema básico de Marcos se encuentra ya diseñado en estos pocos versículos. Bastaba con ir insertando en él los diversos recuerdos sobre Jesús para obtener un relato seguido de lo que Jesús había hecho y dicho.

Concluyendo: la afirmación central del *kerygma*, la muerte y la resurrección de Jesús, se fue ampliando y detallando con datos recogidos de la tradición, de la predicación y del culto, porque los primeros cristianos descubrieron que las acciones y las palabras de Jesús también formaban parte de la Buena Noticia que merecía la pena ser contada para que su relato invitara a la imitación.

Hoy la Buena Noticia de Jesús sigue escuchándose. Muchos discípulos continúan sintiendo la necesidad

de contar el relato de Aquel que ha transformado sus vidas. El *kerygma* sigue teniendo y necesitando pregoneros que lo den a conocer.

PARA CONTINUAR LA REFLEXIÓN

- ¿Podrías recordar cuál es el anuncio central de la predicación cristiana y cómo se fue enriqueciendo con el paso del tiempo?
- ¿Tiene como centro a Jesús el anuncio que hacemos los cristianos hoy, o más bien nos dedicamos a anunciar otras cosas?

PARA PROFUNDIZAR LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES Y LA HISTORIA

La historicidad del libro de los Hechos

La investigación sobre los orígenes del cristianismo es una tarea apasionante y controvertida. A ella se encuentran entregados muchos historiadores y biblistas. Quien no está iniciado en estos temas podría pensar que escribir la historia de los primeros cristianos es algo más bien sencillo. El Nuevo Testamento ofrece multitud de informaciones sobre la Iglesia naciente.

Bastaría recopilarlas, ordenarlas y luego ponerlas por escrito para conocer con exactitud cómo era la vida y la misión de los primeros seguidores de Jesús.

Pero por desgracia las cosas no son tan sencillas. Si queremos investigar los orígenes del cristianismo, es imprescindible acudir a dos fuentes neotestamentarias que nos proporcionan una enorme cantidad de información sobre esta cuestión: las cartas de Pablo y los Hechos de los Apóstoles. Pero si comenzamos a comparar algunos datos entresacados de estos escritos, pronto nos daremos cuenta de que no pocas veces existen entre ellos divergencias y contradicciones difíciles de conciliar.

Las cartas paulinas son los escritos más antiguos del Nuevo Testamento. En ellas Pablo se dirige a las comunidades por él fundadas. A través de este diálogo epistolar va surgiendo toda una serie de cuestiones que afectaban a la existencia cotidiana de los primeros seguidores de Jesús. El libro de los Hechos de los Apóstoles, por su parte, se presenta como una descripción de la vida y la misión de las comunidades cristianas primitivas.

Por eso, si deseamos situarnos en la época histórica en la que vivieron los primeros cristianos e informarnos con la mayor objetividad posible sobre los orígenes de la Iglesia, lo primero que tenemos que hacer es comparar los datos que nos llegan a través de cada una de estas fuentes. Además, dentro de los Hechos de los Apóstoles se concede una importancia enorme a la misión paulina. Por tanto, es obligatorio contrastar lo que de ella se nos dice en este libro y lo que el mismo Pablo nos cuenta de su vida y experiencia misionera en sus cartas auténticas.

Y aquí vienen las sorpresas. Donde cabría esperar una coincidencia absoluta resultan, en cambio, ciertos desacuerdos entre las informaciones recogidas a través de estos dos canales. Un claro ejemplo de estas divergencias lo encontramos en el caso de la Asamblea de Jerusalén que el libro de los Hechos sitúa al final del

primer viaje misionero de Pablo (Hch 15,1-35). En ella se trató de resolver uno de los conflictos más importantes que tuvo que enfrentar la Iglesia naciente. Había cristianos provenientes del judaísmo que pretendían imponer la circuncisión y la práctica de la Ley de Moisés a todos aquellos que quisieran formar parte de la comunidad, incluso si eran de origen pagano. Otros, en cambio, sostenían que lo fundamental era la fe en Jesús y que, para ser cristiano, no era necesario hacerse antes judío. Para tratar de solventar este problema, Pablo consulta a la Iglesia de Jerusalén.

De la versión que presenta el libro de los Hechos se desprende que fue en tal ocasión cuando la Iglesia de Jerusalén, con Santiago a la cabeza, aceptó y confirmó la misión de Pablo a los paganos. Lucas está muy interesado en presentar la comunión existente entre la misión paulina y la comunidad jerosolimitana. Por eso trata de poner de acuerdo la postura de Santiago y la de Pedro que en realidad son difícilmente conciliables. Santiago considera necesario que los paganos que quieran formar parte de la comunidad cristiana observen algunos preceptos de la ley judía (Hch 15,20-21). Pedro, en cambio, defiende que la salvación es fruto de la gracia y considera la Ley como una carga insoportable que no ha de imponerse a los no-judíos (Hch 15,7-11). Ésta es precisamente la postura que Pablo defiende en sus cartas.

Lucas se esfuerza en presentar las cosas como si de esta asamblea hubiese resultado un acuerdo que resolvió definitivamente las tensiones entre los judeo-cristianos y los cristianos provenientes del paganismo. Pero no puede ocultar la existencia de posturas diversas que no fue fácil reconciliar. En realidad la presión de los judaizantes que pretendían imponer a todos la circuncisión y la práctica de la Ley de Moisés continuó durante mucho tiempo en el seno de las primeras comunidades cristianas.

Para confirmar este extremo basta leer las cartas de Pablo. Allí se nos ofrece una visión diferente de lo que

pudo ser esta asamblea. De hecho, según se nos dice en Gál 2,1-10, no parece que Pablo consultase con la Iglesia de Jerusalén a propósito de la misión a los paganos hasta que ésta estuviera ya bien consolidada. Eso supondría situar dicha asamblea en una fecha más tardía a la que encontramos en Hechos, quizá después del segundo viaje misionero de Pablo, hacia el 51 d.C. Además, en esta misma carta, Pablo reconoce que la Iglesia de Jerusalén aceptó su ministerio sin imponer a los paganos ninguna carga (Gál 2,6), a diferencia de lo que se dice en Hch 15,28-29. Es probable que Lucas haya refundido en su relato datos pertenecientes a dos situaciones y problemas diferentes, como si hubiesen tenido lugar en un único momento. Quizá las palabras de Santiago en Hch 15,15-21 se refieran a una resolución posterior, tal vez motivada por el incidente de Antioquía que Pablo nos refiere en Gál 2,11-15 y encaminada a hacer posible que los cristianos de origen pagano y los de origen judío pudiesen compartir la misma mesa sin provocar escándalo.

Más allá de la discusión histórica sobre este u otros episodios concretos, lo que resulta de esta comparación entre los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo es una pregunta sobre la historicidad del primero. En principio, no nos queda más remedio que dar mayor crédito a Pablo. Sus cartas son escritos más antiguos y además están dictadas por un testigo presencial de los sucesos que refiere. No podemos afirmar lo mismo de los Hechos de los Apóstoles, redactados durante la segunda generación cristiana por alguien que contempla los acontecimientos desde la distancia.

Entonces, ¿qué fiabilidad podemos conceder a las informaciones que nos proporcionan los Hechos de los Apóstoles? ¿Nos cuentan las cosas tal y como sucedieron o manipulan y tergiversan los datos históricos? ¿Podemos utilizar este escrito como fuente fidedigna a la hora de investigar los orígenes del cristianismo?

Antes de que crezca en nosotros la impresión de encontrarnos ante un libro lleno de ficciones e inexac-

tudes históricas, sería muy conveniente detenernos un momento y preguntarnos si entonces la historia se escribía como se escribe hoy. Además, sería muy útil saber si Lucas pretendió informarnos neutral y objetivamente sobre una serie de acontecimientos sucedidos en el pasado. Puede ser que lleguemos a la conclusión de que Hechos no es una obra "histórica" en el sentido moderno de la palabra. Y quién sabe si eso nos servirá no para desacreditarla o menospreciarla, sino para comprender de manera más acertada el mensaje que nos quiere transmitir.

El libro de los Hechos y la historiografía antigua

Para decidir si los Hechos de los Apóstoles deben ser o no considerados una obra histórica y en qué sentido debemos entender esto, nada nos ayudaría más que conocer la intención con la que este libro fue escrito. Por suerte para nosotros, es el mismo Lucas quien, al principio de su evangelio, redactó un prólogo en el que explica el método y el alcance de su proyecto. Evidentemente, este prólogo se refiere también al libro de los Hechos que, como sabemos, es la segunda parte de una única obra editada en dos volúmenes. Dejemos pues que sea él mismo quien se explique:

"Ya que muchos se han propuesto componer un relato de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros, según nos lo transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado cuidadosamente todo lo sucedido desde el principio, escribirte una exposición ordenada, ilustre Teófilo, para que llegues a comprender la autenticidad de las enseñanzas que has recibido" (Lc 1,1-4).

A tenor de estas palabras no cabe duda de que Lucas se presenta a sí mismo como un historiador. El

prólogo que acabamos de reproducir se parece mucho a los que encabezaban las obras de otros historiadores de aquella época. Lucas pretende considerarse como uno de ellos. Su método de trabajo consistirá en investigar con cuidado todo lo relacionado con Jesús y la Iglesia primitiva para luego componer un relato ordenado con los datos recogidos. Para ello se servirá de algunas fuentes de información que él considera fidedignas por estar basadas en las declaraciones de "testigos oculares". Sabe que no es el primero en atreverse con tal empresa ("muchos se han propuesto componer un relato..."), pero acomete la tarea movido por el afán de una investigación exhaustiva, minuciosa y ordenada que confirme que las enseñanzas recibidas están bien fundamentadas en la verdad histórica.

Si tuviésemos que juzgar la obra de Lucas por lo que él mismo nos dice de ella en el prólogo, no tendríamos más remedio que afirmar que nos encontramos ante una obra histórica que refleja con fidelidad y exactitud los acontecimientos acaecidos en torno a Jesús y a los primeros cristianos. Pero antes de precipitarnos en las conclusiones examinemos la cuestión desde otros puntos de vista.

La historiografía antigua

Si queremos comprender de verdad lo que Lucas pretende decir cuando se presenta a sí mismo como "historiador", no podemos hacerlo aplicándole el prototipo del historiador actual. Eso resultaría anacrónico y hasta injusto. Lo correcto sería comparar a Lucas con otros historiadores de su tiempo para ver hasta qué punto su obra presenta semejanzas con las de ellos.

Es evidente que la historiografía, que podría ser definida como la ciencia que estudia la historia, ha avanzado mucho desde el tiempo en el que se escribieron los Hechos de los Apóstoles hasta ahora. En principio podemos decir que la historiografía actual se caracteriza por su afán de objetividad y neutralidad. Pretende

utilizar un método científico basado en la recopilación de datos observables, verificables y documentados. Con ellos trata de reconstruir los hechos tal y como sucedieron en realidad.

Pero no seamos ingenuos. Escribir la historia desde la neutralidad y la imparcialidad absolutas es totalmente imposible. No basta recopilar una serie de datos reales y ponerlos uno al lado del otro. Es necesario seleccionarlos, valorarlos y, sobre todo, interpretarlos. Y cuando se interpreta se hace siempre desde las propias convicciones o ideas. Pensemos en un acontecimiento tan cercano en el tiempo como la Guerra Civil española y en las múltiples versiones de los hechos a que ha dado lugar. Comprenderemos enseguida que nadie puede escribir la historia dejando totalmente al margen su ideología, sus prejuicios o simplemente su propia visión de las cosas.

Todo ello es aún más cierto si de lo que se trata es de la forma de escribir la historia en la antigüedad. Es verdad que en la época en que se redactaron los Hechos de los Apóstoles la historiografía estaba bastante desarrollada. Tanto entre los griegos como entre los judíos de cultura helenista había quienes investigaban y escribían sobre los acontecimientos del pasado. Pero de ahí a pensar que lo hicieran aplicando los mismos criterios de objetividad que utiliza la historiografía actual hay un abismo. No solamente porque también ellos interpretaron los hechos que narraban, sino porque no podemos exigir del pasado el dominio de las técnicas y los instrumentos de investigación histórica que se utilizan hoy en día, ciertamente mucho más perfeccionados que los de entonces.

El "espíritu crítico" que debe mover a todo historiador no puede ser valorado del mismo modo en escritos del pasado y en los actuales. Por eso no hemos de escandalizarnos si en algunas obras historiográficas de la antigüedad encontramos entremezclados ciertos episodios de origen más bien legendario o fabuloso (milagros, intervenciones directas de los dioses, visiones,

sueños...). De hecho, la historiografía helenista no pretende simplemente informar sobre los acontecimientos del pasado, sino también entretener a sus lectores, y para ello recurre a ciertas técnicas narrativas que embellecen el relato y lo hacen más agradable a la lectura, aunque pierda por eso mismo parte de su objetividad.

De todo eso podemos encontrar ejemplos en los Hechos de los Apóstoles sin que por ello tengamos derecho a desacreditar totalmente el valor histórico de este libro. Desde este punto de vista, la obra de Lucas se sitúa en la misma línea que otras muchas obras historiográficas de su época y con ellas comparte méritos y limitaciones.

A primera vista parece que Lucas pretende escribir la historia como lo hacían los historiadores helenistas de su tiempo. Por eso se esfuerza en encuadrar históricamente los relatos sobre Jesús y la primera comunidad cristiana (Lc 3,1-2). Lucas es consciente de que los hechos que está narrando "no han sucedido en un rincón" (Hch 26,26). Son acontecimientos públicos y notorios. Por eso tiene interés en relacionarlos con otros hechos de la historia universal que corren paralelos a la historia de la Iglesia primitiva que él nos refiere. En este sentido el contexto histórico de Hechos, más allá de algún error cronológico, resulta coherente y verificable tanto desde el punto de vista histórico como arqueológico. Tanto los escenarios geográficos donde se desarrolla la acción como los personajes de la vida política del momento que aparecen en el relato están perfectamente documentados. Todo ello ayuda a corroborar el carácter fundamentalmente histórico de la obra lucana.

El método de trabajo de Lucas y las fuentes que utiliza

Otro de los aspectos que debemos analizar para decidir hasta qué punto Lucas puede ser considerado un verdadero historiador y evaluar en consecuencia el

valor historiográfico de los Hechos de los Apóstoles es la cuestión del método utilizado en su redacción.

Más arriba hemos reproducido el texto del prólogo que encabeza toda la obra lucana y hemos comentado brevemente las características del método utilizado por Lucas, aparentemente muy similar al usado por otros historiadores de su tiempo.

No vamos a insistir sobre lo que ya hemos dicho, pero sí recordaremos que el autor del libro de los Hechos confiesa que se ha servido para la elaboración de su proyecto de algunas fuentes de información. Es de suponer que éstas podrían haber sido tanto orales como escritas. Como hacen otros historiadores helenistas, también Lucas nos recuerda que dichas informaciones provienen de los "testigos oculares" (Lc 1,2) lo que sirve para subrayar su fiabilidad.

Son muchos los que, a través de un estudio concienzudo de la obra de Lucas, han intentado mostrar cuáles han podido ser esas fuentes escritas de las que nuestro autor disponía a la hora de redactar tanto su evangelio como los Hechos de los Apóstoles.

En cuanto al evangelio, la tarea presenta menos dificultades pues la comparación con los otros sinópticos facilita mucho el trabajo. Leyendo en paralelo los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas aparecen con bastante claridad aquellas tradiciones comunes a los tres, a dos de ellos o bien las originales de cada uno. De este modo podemos hacernos una idea bastante aproximada de los documentos o fuentes de información que Lucas tenía encima de la mesa a la hora de redactar su primer libro.

Los que han llevado a cabo este tipo de investigaciones suelen decir que Lucas es un autor que utiliza con bastante respeto las fuentes que maneja, aunque las modifique cuando es necesario bien sea para introducir en ellas mejoras desde el punto de vista del estilo, para lograr un relato más coherente y ordenado o para adaptarlas a su propia visión teológica.

Estas conclusiones podrían aplicarse también a los Hechos de los Apóstoles. El problema radica en que, en este caso, es muchísimo más difícil decidir con qué fuentes de información escritas u orales contaba Lucas a la hora de redactar su segundo libro. A diferencia de lo que sucede con el evangelio, aquí no tenemos ningún punto de referencia. No podemos comparar los Hechos de los Apóstoles con ninguna obra semejante dentro del Nuevo Testamento.

Cuando Lucas emprendió la tarea de componer su segundo libro, se topó con una situación totalmente distinta de la que había encontrado cuando se puso a redactar su evangelio. Entonces había contado con el trabajo de sus predecesores (Mt y Mc) y con las numerosas tradiciones sobre Jesús que las comunidades cristianas habían conservado. En cambio, no consta que nadie más, aparte de Lucas, emprendiese la enorme tarea de trazar una historia de la primera predicación cristiana. No parece que los primeros seguidores de Jesús estuviesen interesados en recoger datos sobre su propia historia, entre otras cosas porque esperaban el inminente regreso del Señor. Para ellos la historia era algo a punto de extinguirse.

El libro de los Hechos constituye una absoluta novedad dentro del panorama de la literatura cristiana del siglo primero. Es de suponer que Lucas no contaba con demasiados materiales previos a la hora de redactar una obra semejante. Eso pone aún más de relieve su genio narrativo y el enorme esfuerzo a la hora de recopilar informaciones de origen tan diverso para componer con ellas una exposición de semejantes dimensiones a la vez coherente, ordenada y en gran parte unitaria sobre el avance del Evangelio desde Jerusalén hasta Roma, la capital del Imperio.

De todas maneras, no debieron faltar ciertas fuentes de información, si es que debemos dar crédito a las palabras de Lucas en el prólogo de su obra. Muchas de ellas pudieron ser tradiciones orales recogidas por él mismo en las comunidades conocidas o visitadas.

Otras las obtuvo tal vez a través de los misioneros itinerantes. Pero hemos de pensar que seguramente utilizó también tradiciones escritas ya existentes. Por eso muchos investigadores han intentado aclarar cuáles pudieron ser esos materiales de los que disponía para redactar el libro de los Hechos. Las preguntas a las que han tratado de responder son: ¿Es posible conocer las tradiciones o las fuentes de información que utilizó Lucas en su composición? ¿De qué tipo eran esas fuentes? ¿Cuál era su extensión? ¿Cuál es su origen? Y, sobre todo, ¿cómo fueron utilizadas y ensambladas hasta dar lugar a este relato seguido?

El problema, en este caso, es que los especialistas no se ponen de acuerdo. Ante la falta de puntos firmes de apoyo, a lo único que se han atrevido es a avanzar algunas hipótesis.

Por ejemplo, hay autores que hablan de una “fuente antioquena” reconocible en algunos textos que se encuentran en Hch 6-15 y que constituye la trama narrativa de estos capítulos. Otros suponen que Lucas utilizaría una especie de “diario de viaje” del que sacó los pasajes principales de Hch 16-28 (segundo y tercer viaje misionero de Pablo). La característica principal de estos pasajes es que se utiliza la primera persona del plural. Por eso se llaman “secciones - nosotros” (lee, por ejemplo, Hch 16,10-17). Todas ellas relatan viajes por mar que comienzan y terminan en tierra firme. Algunos afirman que Lucas tomó directamente parte en esos viajes y por eso puede hablar incluyéndose entre los protagonistas y utilizando el “nosotros”.

En síntesis, podemos afirmar que el autor del libro de los Hechos debió contar con diferentes fuentes de información tanto orales como escritas, aunque resulta sumamente difícil decir cuáles fueron éstas en concreto. Lucas no se inventó el contenido del libro de los Hechos, sino que se documentó previamente lo mejor que pudo recogiendo informaciones de muy diversa procedencia. En esto actuó como otros historiadores de su época. Seguramente encontró en esta tarea

muchas dificultades pues nadie antes que él había emprendido una labor semejante en cuanto a contar la historia de la Iglesia naciente se refiere.

La historicidad de los relatos, de los discursos y de los sumarios

Debemos ahora preguntarnos cómo utilizó Lucas las fuentes de información que tenía a su disposición a la hora de redactar su obra. Al analizar la manera en que Lucas usa estos materiales tradicionales para dar forma a los Hechos de los Apóstoles, podemos observar ciertas constantes que pueden orientarnos decisivamente a la hora de apreciar el verdadero valor histórico que debemos conceder al libro de los Hechos.

Recordando aquellos tres "hilos" con los que decíamos que estaba tejido el texto de los Hechos (discursos - sumarios - relatos), vamos a analizar ahora uno por uno cada uno de ellos para ver hasta qué punto nos proporcionan lo que actualmente entendemos por informaciones históricas.

La historicidad de los discursos

Leyendo y observando de cerca los discursos recogidos en el libro de los Hechos de los Apóstoles debemos preguntarnos necesariamente si reproducen literalmente las palabras dichas por quienes los pronuncian o si, por el contrario, son más bien creaciones literarias de Lucas puestas en la boca de sus personajes por motivos que tendremos que aclarar posteriormente.

Lo cierto es que en aquella época no existían medios para recoger el contenido de un discurso al pie de la letra en el momento en que éste era pronunciado. Faltan todavía muchos siglos para que se invente el vídeo o el casete. Entonces, ¿cómo pudo obtener Lucas una

información exacta sobre las palabras pronunciadas? Para responder con mayor precisión a todas estas preguntas hemos de tener en cuenta las siguientes observaciones:

1. En primer lugar, parece lógico que Lucas, al escribir estos discursos, siguiera las pautas al uso en su época en lo referente a la manera de redactar una obra histórica. Por suerte conservamos un texto de Tucídides, un célebre historiador que vivió durante el s. V a.C. y es considerado el padre de la historiografía, que nos explica precisamente cómo se componían los discursos a la sazón:

"En lo que se refiere a los discursos pronunciados por unos y por otros, tanto antes de la guerra como durante la misma, era muy difícil reproducir el tenor de los mismos con exactitud, bien cuando yo los había escuchado personalmente, bien cuando me los refería algún otro como oído de ellos. He recogido lo que a mi juicio habrían podido decir que respondiera mejor a la situación, ateniéndome lo más posible, para el pensamiento en general, a las palabras realmente pronunciadas".

Es de suponer que también Lucas utilizó estos mismos criterios a la hora de redactar los discursos del libro de los Hechos de los Apóstoles. Tratando de informarse cuando ello fuera posible, los habría compuesto él mismo adaptándose a las circunstancias en que cada uno de ellos fue pronunciado.

2. Por otro lado, en muchos discursos de los Hechos se encuentran giros y expresiones propias del arameo, la lengua materna de los apóstoles e incluso a veces se reflejan en ellos ideas y opiniones contrarias a la visión de Lucas respecto a determinados temas. Eso hace pensar que, a la hora de redactarlos, Lucas pudo contar con fuentes de información orales y escritas en las que de

alguna manera estarían recogidas al menos las ideas fundamentales de algunos de estos discursos.

3.No obstante, en la redacción final, se observan muchas veces los rasgos propios del estilo literario de Lucas. Eso confirma la idea de que él es el verdadero autor de los mismos.

En síntesis, podemos afirmar que Lucas, a la hora de componer los discursos de Hechos ha imitado el estilo de los historiadores de su época que se inspiraban en las indicaciones de Tucídides. Como ellos, no inventa totalmente, sino que intenta informarse sobre el tenor de las palabras dichas en cada caso, completándolas después con aquello que pudo convenir más en la situación en que cada uno de los discursos fue pronunciado.

Para Lucas, como para los historiadores de su tiempo, los discursos intercalados en las narraciones históricas constituyen un instrumento privilegiado para interpretar los hechos que se relatan. A través de ellos Lucas transmite sus propias convicciones y trata de adaptar su mensaje a la comunidad a la que dirige su obra. Basta hacer una lectura seguida de todos los discursos de Hechos para darse cuenta de que, por medio de ellos, Lucas muestra el sentido más profundo de los acontecimientos que narra y aclara que todos ellos responden a un proyecto previamente establecido por el Señor en el que lo más importante es el anuncio y el testimonio de fe en Jesús Resucitado que comienza en Jerusalén y ha de llegar a los confines de la tierra (Hch 1,8).

La historicidad de los sumarios

Ya dijimos en otro lugar que los sumarios son esos breves resúmenes repartidos en la primera parte del libro en los que se describe la vida de la primera comunidad cristiana de Jerusalén. Al leerlos tenemos la

impresión de que todo se desarrollaba en un clima de perfecta armonía y sin sombra alguna de conflicto.

La duda surge cuando comparamos su contenido con otras afirmaciones recogidas en el libro de los Hechos. Entonces no es difícil darse cuenta de que existen ciertas contradicciones entre el estilo de vida descrito en los sumarios y la realidad concreta vivida dentro de la comunidad. Esta perplejidad aumenta cuando nos acercamos a las cartas de Pablo y constatamos que los primeros cristianos tuvieron que enfrentarse a problemas muy serios que amenazaban desde dentro su propia estabilidad comunitaria (lee, por ejemplo, 1 Cor 11,17-34). La pregunta es inevitable: ¿Hasta qué punto reflejan los sumarios de los Hechos de los Apóstoles la realidad cotidiana de la vida de los primeros seguidores de Jesús?

Para responder a ella, constatemos primero algunas de esas contradicciones. Por ejemplo, la frase: "Vivían todos de común acuerdo" (Hch 2,44) contrasta con la disputa acalorada entre Pablo y Bernabé a causa de Juan Marcos narrada en Hch 15,37-39. Por otro lado, la afirmación: "Lo tenían todo en común... no había entre ellos necesitados" (Hch 2,44; 4,34) contrasta con la situación en que vivían las viudas de los helenistas descuidadas en el reparto de la ayuda a los pobres (Hch 6,1). Finalmente, la constatación: "Los que tenían hacienda o casas las vendían, llevaban el precio de lo vendido, lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según su necesidad" (Hch 4,34) contrasta con el caso de Ananías y Safira narrado inmediatamente a continuación en Hch 5,1-11.

Eso significa que, en realidad, los sumarios generalizan e idealizan. Dicho de otra manera, lo que Lucas pretende con ellos no es tanto retratar lo que sucedía en la primera comunidad de Jerusalén (aunque evidentemente hay una base histórica en lo que nos dicen), sino proponer un ideal de vida cristiana a la comunidad a la que escribe y a todos los que lean su obra.

Por eso, cuando leemos el libro de los Hechos, debemos tener presente que la Iglesia a la que se refiere el autor debe ser considerada a un triple nivel. Debemos distinguir, por un lado, la Iglesia de la que habla, por otro la Iglesia que nos presenta y finalmente la Iglesia a la que se dirige. La Iglesia de la que habla el libro de los Hechos coincide con la primera generación cristiana en la que aún vivían los apóstoles. Sin embargo, la Iglesia que nos presenta es una Iglesia ejemplar que pueda servir de modelo a los cristianos a los que Lucas dirige su obra. Ellos forman parte de la Iglesia a la que se dirige este libro. Es una Iglesia en la que se han apagado los primeros ímpetus y ha comenzado a aparecer el desánimo y la apatía; una Iglesia nacida de la misión paulina que se abre al horizonte del Imperio romano y del tiempo de la historia como espacio para vivir el proyecto de Jesús y acoger la salvación. Tener en cuenta esta triple distinción es fundamental a la hora de comprender el verdadero mensaje de los Hechos de los Apóstoles.

La historicidad de los relatos

Al leer el libro de los Hechos tenemos la impresión de que su autor utiliza con considerable maestría la técnica del relato. Su mayor logro desde este punto de vista ha sido sin duda el de elaborar una obra unitaria a partir de materiales originalmente aislados e inconexos. De este modo el libro de los Hechos aparece no como un conglomerado informe de episodios sueltos sino como un conjunto narrativo bien ordenado y coherente.

Otra cuestión muy diferente es la de aclarar si los criterios narrativos de Lucas a la hora de redactar los Hechos de los Apóstoles son los de un historiador o más bien le mueven otros intereses.

Dejando aparte el dato de que en los relatos de los Hechos encontramos una serie de elementos fabulosos o maravillosos que difícilmente tendrían cabida en una obra histórica actual pero que, como ya hemos visto,

no eran del todo extraños en la historiografía helenista (relatos de milagros, visiones, sueños...), lo que llama enseguida la atención en este libro es la curiosa selección de los episodios narrarlos.

Mientras que noticias históricamente relevantes como la persecución de los cristianos llevada a cabo por Herodes Agripa I (Hch 12,1ss) o la expulsión de los judíos por parte del emperador Claudio (Hch 18,2) sólo se mencionan de paso o simplemente se silencian, a otros acontecimientos aparentemente menos importantes se les dedica un espacio mucho mayor o incluso se cuentan más de una vez (por ejemplo, la visión de Pedro en Hch 10,9ss y 11,5ss). Eso significa que Lucas no selecciona sus materiales dependiendo de su objetiva significación histórica sino en función de otros criterios que, como veremos a continuación, están al servicio de la verdadera intención con la que redactó su obra.

La intencionalidad del libro de los Hechos

Aunque Lucas se presente a sí mismo con las credenciales de un "historiador" (Lc 1,1-4), eso no quiere decir que podamos considerar los Hechos de los Apóstoles como una obra histórica en el sentido actual del término. Pero tampoco en el sentido en que lo son otros escritos salidos de la pluma de los historiadores de su tiempo. A pesar de las semejanzas, muchos estudiosos han mostrado las profundas diferencias entre la historiografía helenista y la obra de Lucas y han subrayado en cambio su similitud con la historiografía bíblica (por ejemplo, con el segundo Libro de los Macabeos). ¿Cuál es la diferencia entre ambas?

Sin entrar en matizaciones demasiado sutiles y técnicas, podemos decir que la historiografía helenista es mucho más objetiva y pragmática, en cuanto que está mucho más interesada en mostrar que los hechos his-

tóricos son el efecto de determinadas causas observables. La historiografía bíblica, en cambio, presenta los acontecimientos no como determinados por factores económicos, sociales o políticos, sino como guiados por la voluntad salvífica de Dios. La historiografía helenista se preocupa mucho más de ofrecer una cronología de los hechos, situando los acontecimientos en el marco temporal de la historia profana. El punto de referencia cronológico de la historiografía bíblica, en cambio, no es el de la Historia Universal, sino el de la Historia de la Salvación.

Todo esto es perfectamente aplicable a los Hechos de los Apóstoles. Lucas no ha querido proporcionarnos con esta obra una crónica objetiva y neutral de los acontecimientos que marcaron los primeros pasos del cristianismo. Tampoco hay en ella un verdadero interés cronológico ni un afán por fechar con precisión los acontecimientos que se narran.

Eso no significa que podamos negar cualquier fiabilidad histórica al libro de los Hechos. No en vano hemos puesto de relieve el interés "historiográfico" de Lucas al investigar cuidadosamente y recoger informaciones fidedignas de aquellos que habían sido testigos oculares de los acontecimientos narrados. También hemos subrayado su empeño en establecer puntos de contacto entre la historia de la comunidad primitiva que nos relata y la historia profana que corre paralela a ella aunque para la sensibilidad del historiador actual resulten francamente insuficientes.

Todo ello hace que el libro de los Hechos de los Apóstoles siga siendo, a pesar de todo, una de las principales fuentes de información a la hora de conocer los orígenes del cristianismo. Aunque, eso sí, debemos manejar los datos que nos proporciona con una cierta precaución. Una precaución que nos aleja, por un lado, del fundamentalismo que piensa que todo sucedió tal y como se relata en los Hechos y, por otro, de una concepción hipercrítica que niega toda verosimilitud a lo narrado. Una precaución que viene de saber que lo

que tenemos entre manos no es propiamente un escrito histórico, sino algo esencialmente diferente.

Volvemos entonces a nuestra pregunta inicial: ¿Cuál es la verdadera intención de Lucas al escribir los Hechos de los Apóstoles? ¿Por qué se decidió a redactar una obra de características semejantes? Recordemos una vez más el prólogo situado al principio de su evangelio. Allí dice a Teófilo que ha escrito "para que llegues a comprender la autenticidad de las enseñanzas que has recibido" (Lc 1,4).

Lucas escribe su obra pensando no sólo en Teófilo, sino en todos los cristianos de la comunidad a la que se dirige. Ellos han recibido una enseñanza que les ha capacitado para el bautismo y el ingreso en la comunidad cristiana. Una enseñanza que les ha permitido abrazar la fe en Jesús Resucitado. Una fe que, en el caso de la comunidad cristiana a la que Lucas se dirige, corre el peligro de tambalearse ante las dificultades.

Por eso, al escribir su obra, quiere ponerse al servicio de esa fe vacilante para mostrar que está auténticamente fundamentada en el misterio de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. Eso quiere decir que Lucas no es sólo ni principalmente un "historiador". Su principal objetivo no es ofrecer información sobre Jesús y la primera comunidad cristiana con la objetividad y la imparcialidad de quien investiga críticamente los hechos del pasado. Él es ante todo un "teólogo" y un "catequista" que quiere confirmar y sostener la fe de su comunidad poniéndoles delante la figura de Jesús y el ejemplo de los primeros cristianos.

Cuando Lucas redacta los Hechos de los Apóstoles no lo hace para recordar a la comunidad a la que escribe una serie de fríos datos sobre su historia pasada, sino para mostrarles que esa historia es Historia de Salvación y está movida por el designio amoroso de Dios. No le interesa escribir la historia de la Iglesia naciente como quien escribe la historia del Imperio romano. No le interesa simplemente reconstruir con

fidelidad los acontecimientos del pasado, sino mostrar el sentido profundo de los mismos interpretándolos a la luz de la fe. Para él, esta lectura creyente de los hechos es mucho más importante que la lectura objetiva y neutral del historiador. Dicho en pocas palabras, lo que Lucas tiene de "historiador" está siempre al servicio de su faceta de "teólogo" y "catequista". Contar la historia es para él el modo de transmitir el mensaje de fe que necesitan escuchar los cristianos a los que escribe.

Por eso, los Hechos de los Apóstoles no han de ser considerados como una obra histórica en el sentido de que nos proporcionan una crónica detallada de los acontecimientos que se verificaron en torno a la Iglesia naciente. Son más bien el fruto de la reflexión de un creyente que quiere mostrar cómo el Espíritu Santo ha impulsado, acompañado y sostenido con su fuerza la vida y la misión de los primeros cristianos. Y eso ya no es competencia del historiador que sólo habla de lo que puede documentar y verificar, sino del teólogo que tiene una mirada más amplia y más profunda sobre lo que sucede.

El punto de referencia de los Hechos de los Apóstoles no es por tanto la Historia Universal, sino la Historia de la Salvación que Lucas estructura, como ya vimos, en tres grandes periodos: el tiempo de Israel, el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia. En este esquema salvífico previamente concebido él va situando los acontecimientos que narra. Desde un punto de vista estrictamente histórico este procedimiento puede resultar poco "científico" y hasta un tanto forzado, pues no siempre responde a la objetividad de los hechos. Un ejemplo de ello es el programa misionero de Hch 1,8 que ordena todo el libro no sólo desde el punto de vista literario, sino también teológico. Gracias a él todo se entiende desde el movimiento de extensión del Evangelio que parte de los judíos y llega hasta los paganos. Ésa es la razón de que el desarrollo de la Iglesia de Jerusalén y la misión de Pablo a los gentiles

aparezcan como dos momentos de un único proceso, cosa que no aparece tan clara en las cartas paulinas.

Aunque los destinatarios principales del libro de los Hechos son los miembros de la comunidad cristiana, muchos autores han visto también una intencionalidad "misionera" o "extraeclesial" en la redacción de esta obra, que buscaría ejercer un cierto proselitismo a través de la literatura. Lo cierto es que Lucas sitúa al cristianismo en el marco de la sociedad de entonces y lo presenta como una entidad que se esfuerza en dialogar con la cultura helenista contemporánea. Por otro lado, es patente el interés de su autor por resaltar que los cristianos son inofensivos desde el punto de vista político, así como su lealtad frente al Estado. Del mismo modo subraya el comportamiento generalmente correcto de las autoridades romanas frente a ellos, al contrario de lo que sucede con los jefes judíos. Con ello parece querer marcar las diferencias frente al judaísmo y mostrar las peculiaridades de la nueva religión a la vez que reclama para el cristianismo el estatuto de "religión lícita" dentro del Imperio.

Podemos concluir, tras este balance sobre el valor historiográfico de los Hechos de los Apóstoles, que Lucas pertenece a ese grupo de personalidades literarias enormemente creativas y muy especialmente dotadas para la exposición histórica. Pocos podrían haberse atrevido como él a relatar una historia de la expansión del primer cristianismo a partir de unos materiales previos tan precarios como los que seguramente tuvo a su disposición a la hora de abordar su trabajo. Da la impresión de que si no puede ser llamado "historiador" en el sentido técnico del término no es porque no pudiera haberlo llegado a ser si así lo hubiese pretendido, sino simplemente porque la intención de su proyecto era de naturaleza muy diferente.

PARA CONTINUAR LA REFLEXIÓN:

- ¿Puede ser considerado el libro de los Hechos de los Apóstoles como una obra histórica? Argumenta tu respuesta.
- ¿Es Lucas un verdadero "historiador" o escribe su obra movido por otros intereses? ¿Por cuáles?

NOTAS

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
PRIMER ENCUENTRO	
EL ESPÍRITU SANTO	13
Trabajo en grupo:	
La experiencia de Pentecostés	13
Explicitación:	
El Espíritu Santo en el libro de los Hechos ...	17
Para profundizar:	
El libro de los Hechos como obra literaria ...	25
SEGUNDO ENCUENTRO	
LA COMUNIDAD CRISTIANA	45
Trabajo en grupo:	
La comunidad cristiana en el libro de los Hechos	45
Explicitación:	
La comunidad cristiana	49
Para profundizar:	
El contexto social del cristianismo naciente ...	58
TERCER ENCUENTRO	
LA MISIÓN CRISTIANA	73
Trabajo en grupo:	
Los testigos del Evangelio	73

Explicitación:	
La misión cristiana	77
Para profundizar:	
La Historia de la Salvación	89
CUARTO ENCUENTRO	
EL ANUNCIO CRISTIANO	103
Trabajo en grupo:	
El anuncio cristiano en Hechos	103
Explicitación:	
El anuncio cristiano	107
Para profundizar:	
Los Hechos de los Apóstoles y la historia	115